



Dinero

Comedia en prosa en siete cuadros, separados por un solo intermedio

Joaquín Calvo-Sotelo

*Friendship is Love
without his wings*

Lord Byron

PERSONAJES

NATALIA.
MARÍA EUGENIA.
VICTORIA.
JUANA.
CAMARERA.
SECRETARIA.
JAIME.
RODRIGO.
CARLOS.
VICENTE.
DIRECTOR.
LAURO.
MARTÍN.

Notas para el montaje de la obra

La aparente dificultad del montaje de *Dinero* queda reducida en gran parte si se respetan los diseños del escenógrafo Redondela que a continuación se reproducen. Como puede verse, los primeros términos derecha e izquierda, son firmes y permanecen continuamente a lo largo de las diversas mutaciones. Para el cambio del primer cuadro al segundo, basta con bajar un telón interior que cierra en triángulo el segundo término del cuadro primero y que se descuelga tras los puntos A y B. Al levantarse de nuevo este telón interior, y siempre respetando los primeros términos, puede verse el escenario del cuadro tercero, fácil de montar mientras dura el segundo. Esto por lo que concierne a la parte primera.

En lo relativo a la segunda, otros dos telones cayendo igualmente detrás de los puntos A y B, sirven para la decoración del cuadro primero y del cuadro segundo. En este último, el foro izquierda, permanecerá en sombras y solo se iluminará cuando dialoguen los personajes a quienes corresponda. El segundo término del último cuadro, se habrá preparado en el entreacto, de manera que bastará con levantar el telón interior para que quede a la vista de los espectadores.

Si estas indicaciones se estudian y cumplimentan, las pausas entre cuadro y cuadro serán mínimas y no dañarán sensiblemente el ritmo de la representación.

Esta comedia fue estrenada en el Teatro Alcázar, de Madrid, la noche del 20 de enero de 1961.

La acción en Madrid, en nuestros días.

Los términos derecha e izquierda van referidos al espectador y no al actor.

Parte I

△▽

Cuadro I

△▽

La escena representa la sala de estar del hotelito en que vive el protagonista de esta historia: JAIME ALBÉNIZ. Es uno de esos hotelitos de una colonia madrileña cualquiera construidos de ladrillo, sin un asomo apenas de jardín en su torno, en el que habitan gentes de la clase media. La sala de estar tiene como zócalo una librería de un metro y pico de altura, sobre cuya repisa se ven algunos objetos de porcelana de mal gusto y algunos retratos. Hay

un teléfono. En el foro hay un pasillo con salida a la izquierda. Al comenzar la acción, que transcurre en nuestros días, es de noche y la escena está a oscuras.

JAIME.- **(Desde dentro.)** Bueno, muchas gracias, Carlos.

CARLOS.- De nada, hombre. ¿Quieres que te lleve a tu casa, Rodrigo?

RODRIGO.- ¿Para qué? Me iré andando poco a poco. Hace una noche de verano.

CARLOS.- Hasta pronto, entonces. Que os dejéis ver.

JAIME.- Sí, hombre. **(Burlón.)** ¿Necesita tu coche que se le empuje para ponerlo en marcha?

CARLOS.- **(Se ríe jovialmente.)** Pues, mira, no sería la primera vez... Eso les pasa aun a los coches de las mejores familias. Tocaré madera. Muchachos: un abrazo.

JAIME.- Adiós, Carlos.

CARLOS.- Adiós.

(Se oye arrancar un coche de gran potencia. A continuación, puede tal vez sentirse el escarabajeo de una llave en la cerradura. En todo caso, sea cual sea el realismo con el que la comedia se dirija, con ruido o sin ruido, JAIME y RODRIGO aparecerán por el foro.

JAIME encenderá la luz y la escena se iluminará. JAIME resultará ser un hombre de cuarenta y dos o cuarenta y tres años, un tanto gris físicamente, hasta un tanto desaliñado en el vestir. Dará la impresión de estar un poco de vuelta de todo, de sentir un cierto cansancio de las cosas, más espiritual que físico. Por encima de lo que su edad haría presumible, las entradas del pelo le blanquean. Sin duda quien no ha visto su partida de nacimiento piensa que es menos joven de lo que es. RODRIGO tiene un aire muy diferente. Su edad es dos años inferior a la de JAIME, pero diríase que una mayor distancia los separa. RODRIGO es bondadoso y tierno. No está dotado, como JAIME, para el sarcasmo y la ironía. La vida tal vez fue poco amable para los dos, pero JAIME no la ha perdonado, y RODRIGO, sí: esa es la diferencia esencial entre ellos. RODRIGO lleva unos papeles en el bolsillo de la americana y un bolígrafo, visible, en el bolsillo del pañuelo. Trae unos periódicos y unas revistas bajo el brazo, que deja sobre la librería.)

JAIME.- Espérate un momento... **(Y hace mutis por la izquierda.)**

(RODRIGO, entretanto, mira con curiosidad una gran fotografía de NATALIA que el espectador deberá haber visto antes que él. Enfrascado en su contemplación le sorprende JAIME.)

¿Qué te parece el coche de Carlos?

RODRIGO.- Solo le falta la escalera de servicio.

JAIME.- ¿Para qué harán los americanos coches tan grandes? Allí donde tener tres hijos llama la atención.

RODRIGO.- ¿Sabes lo que me decía a mí el cónsul de Bilbao?

«¿Cómo fabrican ustedes coches tan pequeños? Aquí donde tener solo tres hijos hace murmurar a la vecindad...».

JAIME.- Rodrigo: ¿un año?

RODRIGO.- ¿Qué hora es?

JAIME.- Más de las dos. Claro que tú no te asustarás por eso.

RODRIGO.- Justamente, es mi hora de trabajo en el periódico. Pero quería hablarte un momento.

JAIME.- Pues siéntate, anda. Un poco de años te vendrá que ni pintado.

(Busca en el interior de la casa unas botellas y unos vasos con los que vuelve a escena.)

RODRIGO.- ¿Cuándo se hizo esta fotografía Natalia?

JAIME.- En 1958, poco antes de su boda.

RODRIGO.- Basta de años, basta... Lo pasamos bien, hoy, ¿verdad? Vicente se había alegrado. Y, sin embargo, yo no vi que se excediera bebiendo.

JAIME.- Acaso ha bebido tanto en su vida que un par de copas le trastornan ya. ¿No anduvo una temporada sometido a tratamiento?

RODRIGO.- Puede que sí.

JAIME.- Bueno, en todo caso, las dos copas, o las dos mil, le han hecho estar delicioso.

RODRIGO.- En fin... ¡Qué tiempos aquellos!... Es un acierto el que nos reunamos de vez en cuando.

JAIME.- ¿Estás muy convencido? Siempre le queda a uno un sabor agri dulce. ¿Viste cómo envejeció Sebastián?

RODRIGO.- Nunca fue joven. Ni cuando nos citábamos en «Prosit».

JAIME.- Tampoco lo era Lauro. Y, sin embargo, ahí está, tan terne.

RODRIGO.- Lo que pasa es que Lauro parecía un viejo ya. Y sigue igual; no ha necesitado cambiar para envejecer.

JAIME.- Déjame que te eche un poco más de años.

RODRIGO.- No, no. Yo, si me paso, reacciono al revés que Vicente. Yo, o me ensombrezco, o me hago agresivo. Y Albertina se asusta.

JAIME.- Pobre Albertina. ¿Por qué no habré tenido yo una hermana y que me hubiese preservado de casarme, igual que la tuya?

RODRIGO.- Natalia, entonces, no existiría.

JAIME.- Es cierto. Pero yo me habría ahorrado tantas cosas... Llevo sufrido tanto...

RODRIGO.- Lo sé, Jaime. **(Transición.)** Y sin embargo, eso ya es un recuerdo nada más. Penoso, pero un recuerdo, ¿verdad?

JAIME.- **(Impreciso.)** Realmente, sí.

RODRIGO.- ¿Echas aún de menos a tu mujer?

JAIME.- Te confesaré que sentí su ausencia mucho más de lo que había valorado su compañía. Curiosa reacción, ¿no?

RODRIGO.- Sucede a veces.

JAIME.- Antes de que se produjese todo, en alguna ocasión, había llegado a aburrirme a su lado. El amor se había convertido en costumbre. Y hay tanta diferencia de una cosa a otra, Rodrigo... El amor es la onza de oro. La costumbre, el papel moneda... Cuando se fue a vivir con Jorge Parra, de hecho, ya no vivía conmigo; aunque habitábamos en la misma casa... Y sin embargo, al dejarme, algo se desgarró dentro de mí. **(Pausa.)** Poco después mi crisis empezó a perder gravedad. Hoy, tú lo has dicho, es un recuerdo penoso, nada más.

RODRIGO.- Créeme que lo celebro.

JAIME.- Sin mi hija, naturalmente, las cosas habrían sido muy distintas.

RODRIGO.- Por cierto, esperamos que seas el abuelo decano de la promoción.

JAIME.- Ya podría haberlo sido. Tres años casada... Pero de momento no hay síntoma alguno.

RODRIGO.- Te haría ilusión, supongo.

JAIME.- La condición de abuelo es un entorcharlo en la vida; una especie de ascenso, como el generalato para los militares, o el obispado para los curas, o Madrid para los notarios.

RODRIGO.- Bien lo mereces.

JAIME.- En todo caso, al verdadero premio de mi vida, poco afortunada, créemelo, ha sido Natalia. Tú sabes mejor que nadie lo que le debo.

RODRIGO.- ¿A qué se dedica ahora su marido?

JAIME.- A ganar dinero, que es una ocupación de todos los tiempos, pero en especial de este. Es abogado, aunque no ejerce, como tantos.

RODRIGO.- Más de una vez he pensada que si todos los que hicimos la carrera de abogado la ejerciésemos, se produciría una verdadera catástrofe nacional.

JAIME.- Martín es el brazo derecho de una compañía catalana, a la que representa. Y está dotado de cierta gracia para descubrir dónde hay mil pesetas que ganar. Mira si yo la hubiese tenido... No andaría a vueltas con los seguros, zapateando las calles, recorriendo treinta kilómetros cada día, a la busca de quien quiera protegerse de que le caiga encima un rayo o de que le atropelle un automóvil.

RODRIGO.- Bueno tu situación va a cambiar, según Carlos. Es consejero de tu compañía, ¿no? Y parece que en la próxima Junta general te nombrarán subdirector.

JAIME.- Sí, es posible. Pero ¿qué significa eso? No saldré de pobre.

RODRIGO.- Vistas las cosas de ese modo, tampoco yo he medrado que digamos.

JAIME.- Tú tienes la compensación de ser conocido, de lucir tu firma en los periódicos... Eso es halagador.

RODRIGO.- ¡Bah! Si aún firmo mis artículos es porque con seudónimo me pagarían diez duros menos. Yo me río de muchos que se hinchan como pavos el día en que sale su nombre en los periódicos y se

exhiben por los cafés para que los feliciten. Es tan ridículo...

JAIME.- La vanidad, Rodrigo.

RODRIGO.- Tienes razón. El hombre, desde los pies a la cabeza está revestido de una piel que algunos pedantes llaman epidermis, pero que es solamente vanidad.

JAIME.- Martín sabe defenderse en la vida. **(Se ríe.)** Por cierto, ¿no te da miedo esa frase? Es reconocer cuanto tiene la vida de agresividad, de dureza...

RODRIGO.- ¡Y ay del que no lo haga! Nuestros compañeros se han defendido bien: ¿qué opinas tú?

(JUANA, una criada cincuentona y desgarbada, aparece por la izquierda.)

JAIME.- ¿Por qué anda de pie a estas horas, Juana?

JUANA.- Buenas noches, señor. Es que telefoneó la señorita Natalia preguntando por el señor y me encargó que la llamase usted apenas llegase.

JAIME.- ¿Cuándo telefoneó?

JUANA.- Hace veinte minutos. Estaba esperando a que el señor viniese para decírselo. **(Y se va por el lateral de su entrada.)**

JAIME.- ¿Qué querrá Natalia? Perdóname... **(Marca un número de teléfono.)** ¡Ya lo creo que se han defendido bien! Fíjate en Carlos por ejemplo.

RODRIGO.- Bueno, a ese le costó poco esfuerzo, la verdad sea dicha. Heredar es una suerte.

JAIME.- Hombre... ¡Menuda ganga! **(Cuelga.)** Debe estar dormida un como tronco... **(Transición.)** Y aun heredar de los padres, es natural. Pero andar tan campante, tomando el aire fresco, o viendo jugar al frontón y enterarte de pronto de que tu tía Cecilia, que maldito si te acordabas del santo de su nombre, se ha muerto y te ha dejado quinientas mil pesetas, o un huertecito en Elche o una casita en la Costa Brava...

RODRIGO.- Sí, es una maravilla...

JAIME.- Qué organización tan curiosa esa por virtud de la cual, tita Cecilia o tito Gabriel o el primo Eduardo, cuyos pies beso, te pelotean a ti delante de treinta millones de españoles mientras les cantan el gorigori, una finquita rústica o urbana de vaya usted con Dios... ¿Eh, Rodrigo?

RODRIGO.- ¿Te sientes revolucionario?

JAIME.- No, no. Elogio sin ninguna hostilidad, una maquinaria que me parece asombrosa, aunque nunca haya funcionado a mi favor. Ni dicho sea de paso al de Martín que se las prometía muy felices con la fortuna de Arturo Piedri, y que se quedó a la luna de Valencia. Carlos, es distinto. Ese está podrido de dinero. Como Vicente... ¿Sabes cuánto se le han revalorado los terrenos de la Avenida? Quince veces desde el 53 aquí.

RODRIGO.- ¿Y qué me dices de Andrés, con ocho casas en construcción, a pesar de la crisis? ¿Y de Lauro, dueño de cincuenta cines?

JAIME.- ¿Y de Manolo Cárdenas, dueño de su mujer?

RODRIGO.- No seas maligno, hombre.

JAIME.- Si no calumnio a nadie. La de Cárdenas es una venezolana riquísima.

RODRIGO.- Me siento deprimido al pensar que yo, en cambio -y de esto es de lo que quería hablarte- necesite recurrir a ti para pedirte, con nocturnidad, premeditación y casi en despoblado, diez mil pesetas.

JAIME.- **(Un tanto sorprendido.)** ¿Hablas en serio, Rodrigo?

(RODRIGO asiente en silencio, mientras suena el timbre de la puerta.)

Un momento..., ¿quién será a estas horas? **(Y hace mutis. Sorprendido.)**
¿Natalia?... ¿Qué te trae por aquí?... Mira quién está.

(NATALIA es una mujer joven y bonita. Viste, bajo un abrigo que se ha echado descuidadamente en los hombros, un traje cualquiera.)

NATALIA.- Hola, Rodrigo.

RODRIGO.- Buenas noches, Natalia.

JAIME.- ¿Qué pasa, hija?

NATALIA.- Martín no ha vuelto a casa desde hoy por la mañana.

JAIME.- ¿Y qué hay de alarmante en eso?

NATALIA.- Siempre almuerzo conmigo y hoy mandó decir que no podría. Después, a las diez, cuando estaba esperándole, me llamó para avisarme que cenaba en el Excelsior.

JAIME.- Habrá tenido asuntos, compromisos...

NATALIA.- No sé... Me hablaba de una forma un poco rara... De todas maneras, quedó en volver a casa inmediatamente después, y son ya las dos y pico y no ha llegado aún. Y por el Excelsior no fue.

JAIME.- ¿Tienes miedo de que te lo hayan raptado? Martín es un hombre de muy buena planta, pero, si no me equivoco, muy enamorado de cierta personita que yo conozco y no creo que...

NATALIA.- ¿Tú le has visto hace mucho, papá?

JAIME.- Mujer, hace tres días. El viernes...

NATALIA.- A Martín le sucede algo, que no sé qué es...

JAIME.- Andará preocupado por sus negocios como todos. Pero, ya verás, por poco tiempo.

NATALIA.- ¡Ojalá!

JAIME.- Bueno, ¿qué quieres que haga, para que te quedes contenta? ¿Que llame a la comisaría?

NATALIA.- Sí.

JAIME.- ¿Y por qué no lo hiciste tú? Ah, ya comprendo... Temes que el comisario se burle de las mujeres celosas... Bueno, telefonaré. Pero, por de pronto, vuélvete a tu casa, anda. Que también sería gracioso que Martín no te encontrase y telefonease él. Imagínate, entonces, las carcajadas del comisario.

NATALIA.- No me tomas en serio, papá.

JAIME.- ¿Para qué mentirte? No.

NATALIA.- Quizá tengas razón.

JAIME.- ¿Quieres que te acompañemos, Natalia?

NATALIA.- ¿Para qué? Diez pasos... Adiós, Rodrigo. Y gracias por tu libro.

RODRIGO.- ¿Lo leíste?

NATALIA.- Todavía no, pero lo leeré en seguida. **(Con cierto aire de reproche porque no comparta sus preocupaciones.)** Adiós papá.

JAIME.- Adiós, Natalia. **(Y hace mutis un segundo acompañándola. Regresa en seguida.)**

(RODRIGO vuelve a contemplar su retrato.)

Un marido llega por primera vez con retraso al domicilio conyugal ¿Qué te parece? Al principio las mujeres telefonan a la Policía. Pasado el tercer año, a los Casinos.

RODRIGO.- ¿Quieres que llamemos a la comisaría?

JAIME.- Nunca antes de las tres y media.

RODRIGO.- ¿Por qué?

JAIME.- Porque es la hora a la que cierran los cabarets.

RODRIGO.- ¿Es mujeriego Martín?

JAIME.- Mira, no sabría contestarte. Lleva mucho adelantado para serlo porque tiene éxito con el sexo femenino.

RODRIGO.- De ahí los celos de tu hija.

JAIME.- ¿Has pensado en la ventaja que supone para andar por el mundo que la mitad de él te acoja amablemente y te sonría?

RODRIGO.- Yo he gustado muy poco a las mujeres. **(Transición.)** Bueno, has de disculparme si vuelvo al punto de partida.

JAIME.- ¿A qué te refieres?... Ah, perdóname, me había olvidado.

RODRIGO.- ¿Te molesta lo que te he pedido, Jaime?

JAIME.- No, no...

RODRIGO.- La Agencia de Publicidad me paga sórdidamente. El periódico, ya no digamos. Te explicaré para qué necesito ese dinero. Me gustaría entregárselo a mi hermana y decirle: «Inviértelo en lo que te guste». Para las mujeres ir de compras es como el cumplimiento de una ley fisiológica a la que no se substraen sin dolor. Van a las tiendas de una manera fatal, como los salmones al mar. Albertina celebra su santo el lunes. Mi regalo sería ese. Te lo devolvería a plazos... ¿Te viene mal dejármelo?

JAIME.- ¿Qué quieres que te conteste? No ando muy sobrado de medios. En todo caso, no lo llevo encima.

RODRIGO.- Y mañana...

JAIME.- Trataré.

RODRIGO.- Te lo agradecería siempre. **(Transición.)** Me preguntarás por qué he recurrido a ti y no a los otros.

JAIME.- **(Evasivo.)** Pues, hombre...

RODRIGO.- Porque es a ti a quien más quiero.

JAIME.- Muchas gracias, Rodrigo...

(Suena dentro el timbre de la puerta.)

RODRIGO.- Comprendo que es una manera un tanto extraña de demostrarte mi cariño.

JAIME.- No..., ¿por qué?

RODRIGO.- Y, sin embargo, es verdad. Si un día tuviera ocasión, verías que no te miento.

(JUANA, la criada, entra por el foro.)

JUANA.- Está el señorito Martín.

(JAIME pone un gesto de sorpresa. Simultáneamente MARTÍN aparece en escena. Es un hombre joven que viste con sencillez. Se comprende que, en efecto, guste a las mujeres, porque es alto y delgado y tiene un algo de decisión, de autoritario en la mirada.)

JAIME.- ¿Qué hay, Martín?

MARTÍN.- Buenas noches.

RODRIGO.- Mucho tiempo sin vernos.

MARTÍN.- Es verdad.

JAIME.- Pero no sin leerle.

MARTÍN.- No, eso no.

JAIME.- Hoy nos hemos reunido a cenar los amigos de siempre... Y Rodrigo me ha acompañado hasta casa en el coche de Carlos. Y tomándonos una copa nos encuentras. ¿Quieres tú beber algo?

MARTÍN.- No, no, gracias.

JAIME.- ¿Y qué te sucede? Natalia estuvo aquí hace un instante, preocupada por tu retraso. Si es necesario darte servicio de protección hasta tu casa.... Yo soy un suegro comprensivo, Martín.

MARTÍN.- **(Serio, enigmático.)** No se trata de eso.

RODRIGO.- Voy a dejaros.

JAIME.- ¿Te marchas?

RODRIGO.- Sí, ya te dije que debo ir al periódico.

JAIME.- Como gustes.

RODRIGO.- Que descanses, Jaime. Adiós, Martín.

MARTÍN.- Buenas noches.

JAIME.- Te acompaño.

RODRIGO.- No te molestes...

(Los dos, sin embargo, hacen mutis por el foro. MARTÍN se sienta en actitud de profunda preocupación. JAIME regresa instantáneamente.)

JAIME.- ¿Pasa algo, Martín?

MARTÍN.- Sí, y muy grave.

JAIME.- Explícate.

MARTÍN.- No puedo volver a casa. De un momento a otro irán a detenerme.

JAIME.- ¿Qué estás diciendo?

MARTÍN.- Hablo en español, me parece.

JAIME.- ¿Por qué te han de detener?

MARTÍN.- Porque he estafado a la Sociedad Roig más de un millón de pesetas.

JAIME.- ¿Cuándo? ¿Cómo?

MARTÍN.- ¿Y qué más da? Jugando con las cifras, como se hacen estas cosas. Unas veces para enmascarar la verdad a los inspectores, otras a los accionistas, otras como en esta ocasión, a los gerentes... Se me ocurre que los detalles le tendrán sin cuidado. Y que le bastará saber que, como ese juego de prestidigitación no se puede prolongar indefinidamente, al fin ha sido descubierto. Y que no tardarán en denunciarme, y en detenerme.

JAIME.- ¿Y qué has hecho de ese dinero?

MARTÍN.- ¿Y usted me lo pregunta? ¿Usted cree que se vive gratis, que entrar, salir, viajar, comer, respirar, no cuesta dinero?

JAIME.- ¿No ganabas lo bastante?

MARTÍN.- Bien claro está que no. ¿O usted creía que sí? Usted, igual que Natalia, no preguntó jamás de dónde salían las 30.000 pesetas que hacen falta para veranear dos meses, o para los regalos del día de Reyes o para las pieles o para los viajes...

JAIME.- Resulta, pues, que te has apropiado de un dinero ajeno.

MARTÍN.- Sí.

JAIME.- Más de un millón, has dicho.

MARTÍN.- Un millón doscientas treinta mil, exactamente.

JAIME.- ¿Y qué te queda de ese dinero?

MARTÍN.- Nada, prácticamente nada.

JAIME.- ¿Y qué piensas hacer?

MARTÍN.- No lo sé.

JAIME.- Pero esta situación no puede sorprenderte. Tenía que producirse. Era fatal. Tarde o temprano la Casa Roig lo descubriría. ¿Qué ibas a contestarles?

MARTÍN.- Yo debía haber heredado a Arturo Piedri. Él me lo había dicho a medias palabras... Jugué contra el reloj con su muerte. ¿Cómo podía suponer que sus millones irían a parar a las manos de su párroco?

JAIME.- La suerte, con un traje de gasa y una varita de estrellas bajando de las nubes a socorrer a Martín Nadal. Has merecido que te vuelva la espalda. Tu padrino ha hecho bien olvidándote en su testamento.

MARTÍN.- ¿Cree que esta es la ocasión de darme una lección de moral?

(Suena el teléfono.)

JAIME.- ¿Quién es? Ah, ¿qué hay, Natalia? Sí, sí, que vino a buscarle el señor Martorell... ¿Y quién es? Ah, el gerente de la Casa Roig... Mira, yo llamé al círculo y me dijeron que Martín había comido allí. Salió hace cuestión de un cuarto de hora. No puede tardar. Iba a telefonar cuando me has llamado tú. Bueno, vete a dormir. Es mi consejo. Adiós, Natalia.

MARTÍN.- ¡Necesito ese dinero!

JAIME.- ¡Todos necesitamos dinero! Lo que hace falta es que demos con él, que lo encontremos.

MARTÍN.- Usted puede encontrarlo.

JAIME.- ¿Dónde?

MARTÍN.- Usted tiene amigos a quienes pedirselo.

JAIME.- Déjame que ordene mis ideas, que sepa lo que es posible o práctico y lo que no lo es. Un millón de pesetas... Se oye decir a diario: «Con un millón de pesetas, hoy no se hace nada». Y seguramente así es. Pero cuando llega la hora de inventarlo, de reunirlo cogiendo de aquí o de allí, parece como si no hubiese fuerza en el mundo capaz de ponerlo en pie.

MARTÍN.- Un préstamo. Usted puede conseguir un préstamo.

JAIME.- Tú sabes que yo no tengo un céntimo, que vivo exclusivamente de mi trabajo. Catorce mil pesetas llevo en la cartera. Es el importe de mi mensualidad en la compañía, cobrado hoy mismo. ¿Te sacan de apuros? Tuyas son, si las quieres. Pero, ¿de qué te servirán? ¿Vas a tapar con ellas la boca del gerente de la Casa Roig?

MARTÍN.- Usted es conocido en muchos sitios, y nadie se negará a echarle una mano.

JAIME.- Dentro de ciertos límites, Martín. Y mucho más pequeños de lo que supones.

MARTÍN.- Inténtelo.

JAIME.- De todas maneras... ¿Con qué tiempo contamos?

MARTÍN.- Tiempo hay. Lo que interesa a la Casa Roig es no perder su dinero. Con denunciarme, no sale ganando nada. Si yo consigo darle la seguridad de que lo recobra, todo quedará entre nosotros.

JAIME.- Y esa seguridad, ¿cómo se la vas a dar?

MARTÍN.- De usted depende. Si se emplea a fondo, si moviliza sus amistades, sus influencias, si maneja todos los resortes de que dispone.

JAIME.- (**Extrañado.**) ¿A qué resortes te refieres?

MARTÍN.- (**Azorado.**) A ninguno especialmente... y a todos. Si se decide a dar la batalla, la ganaremos. Yo no lo dudo.

JAIME.- Yo sí. (**Transición.**) ¿Qué has hecho con tu coche?

MARTÍN.- No cuente con él. Está sin pagar.

JAIME.- ¿Qué clase de hombre eres, Martín? (**Se acerca a él en actitud violenta.**)

MARTÍN.- No me encuentro muy diferente de los demás. Un hombre al que le gustan las cosas buenas de la vida. Y al que le falta la fortaleza necesaria para ganárselas a pulso o para renunciar a ellas. Eso soy.

JAIME.- Un débil, un irresponsable...

MARTÍN.- Acaso, sí. Incapaz de resistir las tentaciones de los escaparates, de los viajes, de los restaurantes caros, de esta riqueza que le rodea a uno y que parece tan lejana como si la disfrutaran gentes de otro planeta. Pero Natalia es igual que yo.

JAIME.- No irás a decirme que sospechaba de dónde provenía ese dinero.

MARTÍN.- Tenía miedo de preguntármelo. Algo raro sí sentía. Solo que prefería cerrar los ojos y emborracharse un poco. Fingía creer en mí para no verse obligada a desconfiar. Le era más cómodo.

JAIME.- ¿Estás seguro de no haber procurado deliberadamente engañarla? ¿No le has contado mil fantasías sobre tus negocios? A mí mismo, ¿no me has inventado muchas veces historias absurdas?

MARTÍN.- Con la mano en el corazón, ¿se atreverá a decirme que lo que está sucediendo le sorprende? ¿Nunca temió nada? ¿No fue usted un poco como su hija, más inclinado a meter la cabeza debajo del ala que a mirar la verdad de frente?

JAIME.- ¿Has venido a hacerme reproches o a pedirme socorro?

(Larga pausa.)

MARTÍN.- A pedirle socorro.

(NATALIA aparece en la puerta del foro.)

NATALIA.- **(A MARTÍN.)** ¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué te has retrasado tanto? El sereno me dijo que acababa de ver tu coche cuando me asomaba a esperarte. ¿Por qué os calláis?

JAIME.- Natalia...

NATALIA.- ¿Qué es lo que pasa? Necesito saberlo.

MARTÍN.- Nada que no pueda arreglarse.

NATALIA.- Es algo de dinero, estoy segura. Ese señor Martorell hablaba de una manera que lo dejaba entrever. ¿Ha quebrado la Casa Roig?

MARTÍN.- No te preocupes. Es lo bastante fuerte para que nada la haga tambalearse.

JAIME.- Mira, Natalia... Martín se encuentra en un apuro, en una situación difícil: eso es todo.

NATALIA.- ¿Y por qué? ¿Qué es lo que te ha llevado a ella?

JAIME.- Sería largo de explicar... Y no se adelantaría nada.

NATALIA.- ¿Pero qué es, qué es?

JAIME.- Un tropiezo, ya te lo he dicho... Una diferencia, vaya, entre aquello de lo que dispone y lo que ha de pagar.

NATALIA.- Es que yo tengo algunas cosas... La pulsera de boda, las arras... Un collar.

MARTÍN.- **(Con una media sonrisa.)** Guarda todo eso... Casi me atrevería a decirte que lo escondieses. Sirve de tan poco, que no vale la pena malbaratarlo.

NATALIA.- ¿De dónde lo vas a sacar entonces?

MARTÍN.- Tu padre puede ayudarnos.

NATALIA.- ¿Lo harás...? **(Se acerca a él tanto como si pidiese su auxilio, como si lo diese por seguro.)**

JAIME.- ¿Me crees capaz de abandonarte?

NATALIA.- No, ya sé que no...

JAIME.- Pues, entonces...

NATALIA.- **(A MARTÍN.)** Y ahora, ¿por qué no vienes a casa?

JAIME.- No es prudente que vaya.

NATALIA.- No me habléis con medias palabras. Tengo derecho a que me digáis la verdad.

MARTÍN.- ¿Por qué? ¿Cuándo te has interesado por conocer mi vida a fondo, por saber siquiera de dónde salía el dinero que gastaba? ¿Sabes qué soy yo? Dilo, contéstame.

JAIME.- **(Conciliador.)** Por Dios...

MARTÍN.- Contéstame. Dime, ¿qué soy yo? Además de abogado, claro, que hasta ahí sí llegas. ¿Profesor Mercantil? ¿Perito Mercantil? ¿Intendente Mercantil? ¿A que todavía no distingues entre las tres cosas? ¿Dónde está mi oficina? ¿La has pisado alguna vez? Mi oficina es solo un número de teléfono al que me avisas cuando llegan las facturas de importancia. Más aun: ¿cómo se escribe Roig? La otra tarde me dejaste unas líneas diciéndome que me habían llamado de la Casa «Roch», terminado en «che». Todavía a los tres años de casados, viviendo de ella como vivimos, aún no te habías enterado de que se escribe «Roig», con «ig», Roig, Roig...

JAIME.- **(Severo.)** Martín...

MARTÍN.- Yo soy para ti como el cangilón de una noria que cada cierto tiempo echa sobre tu mano, que no se cansa de recibir, nunca, unos miles de duros. Pero ahora resulta que la rueda se ha atrancado y que no funciona ya.

NATALIA.- ¿Cuánto necesitas Martín?

MARTÍN.- **(Seguro de abrumarla con la revelación.)** Más de un millón de pesetas.

NATALIA.- ¿Tanto? ¿Para qué?

MARTÍN.- No para comprar ninguna comodidad nueva. Simplemente para pagar las que tuviste.

NATALIA.- ¿Un millón de pesetas has tirado, Martín?

MARTÍN.- Lo has tirado tú, Natalia. ¿Me preguntas cómo y en qué? ¿No te salen las cuentas? Mañana haremos números y cuando veas cómo cuadran me mirarás con menos asombro.

NATALIA.- **(Se derrumba en el sillón abatida.)** ¡Dios mío!

JAIME.- Bien. Dejad para otro momento vuestros reproches. Debéis estar unidos porque la vida va a ponerlos a prueba. En todo caso, nada de quedarse con los brazos cruzados. ¿Tú tienes tu coche en la calle?

MARTÍN.- Sí.

JAIME.- ¿Martorell lo conoce?

MARTÍN.- No.

JAIME.- Dormid aquí hoy.

NATALIA.- ¿Qué temes?

MARTÍN.- Una cosa que se llama Policía. A eso temo.

NATALIA.- Ese millón de pesetas... ¿cómo te hiciste con él?

MARTÍN.- ¡Oh, Natalia, qué ceguera! ¿Es que no lo adivinaste todavía? Lo he estafado a la Casa Roig. ¿Contenta de oírmelo? La Casa Roig me denunciará. Entonces unos policías vendrán a preguntarme: «¿Es usted don Martín Nadal?». Y a detenerme.

JAIME.- Te complaces en dramatizar las cosas.

MARTÍN.- **(Colérico.)** ¿Exagero? ¿Tal vez usted, en mis circunstancias, dormiría tranquilo?

JAIME.- Martín: tengo que hacer un esfuerzo de imaginación muy grande para ponerme en tu caso. **(Transición.)** Bien. No se trata de que te expongas inútilmente, pero tampoco hay que perder la cabeza como si no hubiese ninguna solución. Esta noche, por de pronto, pasadla aquí. Mañana será otro día.

NATALIA.- **(Se acerca a MARTÍN.)** Martín...

JAIME.- **(Se asoma por el foro.)** ¡Juana!

NATALIA.- Dime que todo podrá arreglarse.

MARTÍN.- Seguramente.

JUANA.- **(Por el foro.)** Mándeme.

JAIME.- Prepare la alcoba de la señorita. Hoy dormirán allí.

JUANA.- En seguida.

(Se va un poco extrañada a cumplir la orden. NATALIA la sigue.)

JAIME.- Ya que antes la tuviste en la ignorancia, ahora no niegues a mi hija la anestesia que te pide. Está deseando respirar, sacudirse de encima un miedo horrible... Consuélala, cálmala.

MARTÍN.- Su hija: eso es lo único que le importa. Aunque yo esté al borde de la catástrofe por ella, lo esencial es que no sufra, que duerma sin atormentarse. Yo valgo ante usted solo como guardador de su hija. Ya sé que nada soy por mí mismo, y que mi suerte personal le tendría sin cuidado, si no arrastrase la de Natalia.

JAIME.- ¿Te sorprende el que la defienda, el que quiera ponerla a salvo? Y, en todo caso, ¿te parece que esta es la ocasión de hablar así?

MARTÍN.- No lo sé... En fin, hasta mañana.

JAIME.- **(Le impide que haga mutis.)** ¿Por qué no dejas el coche en la esquina? Es menos descarado.

MARTÍN.- Puede que tenga razón.

(Ahora se va resueltamente. A los pocos segundos de su mutis entra RODRIGO. JAIME, en el ínterin, se ha sentado, con un aire absorto, la mirada vaga, mientras busca imprecisamente la cajetilla de los cigarrillos.)

JAIME.- **(Extrañado se pone en pie.)** ¿Qué haces aquí, Rodrigo?

RODRIGO.- Me crucé con Natalia cuando me iba, y tengo la sensación de que te sucede algo grave. ¿Me equivoco?

JAIME.- Tal vez no.

RODRIGO.- ¿Puedo ayudarte?

JAIME.- Es tan difícil...

RODRIGO.- ¿Cuestión de dinero?

JAIME.- Acaso.

RODRIGO.- Olvida lo que te he pedido. Pídemelo tú si necesitas algo.

JAIME.- Gracias, Rodrigo.

RODRIGO.- Háblame sin reservas. ¿Qué te sucede?

JAIME.- Se trata de Martín, mi yerno...

RODRIGO.- Ya lo suponía.

JAIME.- ¿Por qué?

RODRIGO.- Qué se yo... Alguna vez me llamó la atención su tren de vida: lo juzgaba excesivo.

JAIME.- Sin duda lo era.

RODRIGO.- ¿Y qué...?

JAIME.- Está en un momento dramático. Rodrigo: me hace falta un millón de pesetas.

RODRIGO.- Caramba, mucho es, pero no desesperes; lograrás reunirlos.

JAIME.- ¿Cómo?

RODRIGO.- No sé..., ya nos arreglaremos.

JAIME.- ¿De qué manera?

RODRIGO.- Hombre... Aquí traigo el periódico de hoy. En circulación, según dice, hay sesenta y tantos mil millones. Malo será que no consigamos uno.

(JAIME se le queda mirando con cierto escepticismo, mientras se hace el...)

OSCURO

△▽

Cuadro II

La escena ahora representa el despacho del DIRECTOR del Banco.

JAIME espera sentado su llegada. El DIRECTOR aparece inmediatamente por la lateral. Es un hombre corpulento y efusivo.

DIRECTOR.- Querido señor Albéniz: ¡qué alegría verle por el Banco!

JAIME.- Muchas gracias, señor director.

DIRECTOR.- Yo me preguntaba siempre: ¿qué será del señor Albéniz? ¿Se habrá olvidado de nosotros? En todo caso, sepamos de qué se trata.

JAIME.- Señor director: necesito un millón de pesetas.

DIRECTOR.- Ah, muy bien. ¿Lo trae usted?

JAIME.- ¿Cómo si lo traigo? Vengo a pedírselo, que es muy distinto.

DIRECTOR.- Ya lo sé. Le pregunto si lo trae o si tiene, al menos, su equivalente.

JAIME.- No, no. Si así fuese, no se lo pediría.

DIRECTOR.- ¿Por qué no? Usted podría tenerlo y encontrarse en circunstancias que le hiciesen difícil disponer de él.

JAIME.- No, no, no es ese mi caso.

DIRECTOR.- Entonces, sencillamente, lo que usted quiere es que se lo den. ¿No?

JAIME.- Justo. Así es.

DIRECTOR.- ¡Ah, caramba, caramba...! Ese es un problema que hay que examinar con detenimiento, señor Albéniz. ¿Pariente del músico, por casualidad?

JAIME.- En absoluto. Otros Albéniz.

DIRECTOR.- Gran figura Albéniz.... **(Toca una palanca y habla por uno de esos aparatos, propios de los bancos y de las oficinas de mucho movimiento, que permiten la comunicación entre diversas habitaciones y cuyo nombre preciso ignora el autor de esta escena a la hora de escribirla.)** Oiga, señor Gil. ¿Me buscó la ficha del señor Albéniz? De...

JAIME.- Jaime Albéniz.

DIRECTOR.- ¿De don Jaime Albéniz?

JAIME.- Sala.

DIRECTOR.- **(Hace un gesto generoso dándole a entender que el segundo apellido no lo necesita para nada.)** No hace falta, señor Albéniz. **(A su empleado.)** Ah, pues pásemela en seguida. **(Cierra la palanca.)** ¿Usted conocía esta sucursal?

JAIME.- No... ¿Cuándo la inauguraron?

DIRECTOR.- Hace ya casi dos años.

JAIME.- Es estupenda.

DIRECTOR.- Qué amable es usted... Intentamos, tan solo, que el cliente se encuentre como en su casa, y que nuestros funcionarios trabajen a gusto.

JAIME.- Magnífico, magnífico...

(Se oye llamar en la puerta.)

DIRECTOR.- ¡Ah! Aquí la tenemos.

(Entra la SECRETARIA con una ficha que le entrega.)

Albéniz Sala... **(Adulador.)** Justo como dijo usted, don Jaime. Ajajá...

SECRETARIA.- **(A punto de marcharse.)** Pregunta por usted don Ernesto Peláez.

DIRECTOR.- Ah, es un tipo estupendo, un hombre de primera línea, un gran amigo. **(Transición. A la SECRETARIA.)** Dígale que no estoy. **(Examinando el expediente.)** ¿Sigue en Ríos Rosas, 58, como antes?

JAIME.- No, no... Me mudé hace algún tiempo a un pequeño hotelito cerca del Viso... En la calle de los Álamos, 22.

DIRECTOR.- **(Toma nota.)** Perfectamente. El teléfono, ¿sigue siendo el mismo? ¿46-54-29?

JAIME.- Sí, conseguí que no lo cambiasen.

DIRECTOR.- **(Mientras continúa su estudio. Con una cortesía maquinal.)** Qué suerte tan grande tuvo usted, señor Albéniz. Yo no pude defender el mío y me han dado una tabarra enorme durante cinco o seis meses. Ahora ya, por fortuna... **(Se interrumpe.)** El año 48 veo que se dejó impagada una pequeña letra por valor de tres mil cuatrocientas siete pesetas.

JAIME.- Fue el último plazo de una nevera que no funcionaba bien y que yo no aboné por esa causa.

DIRECTOR.- Claro, claro... Hay mucho desaprensivo, señor Albéniz. De todas formas, en su cuenta corriente existe un saldo a su favor de cinco mil ochocientos veintidós con cuarenta. ¿Es conforme?

JAIME.- Sí, desde luego.

DIRECTOR.- Y solicita... un millón. ¿O entendí mal?

JAIME.- No, no...

DIRECTOR.- Señor Albéniz: usted es una persona muy inteligente y yo estoy seguro de que, a simple vista, se le alcanza la diferencia que media entre ambas cifras.

JAIME.- Desde luego. Yo no vengo a pedirle ese dinero con la garantía de mi cuenta corriente, señor director, que de sobra sé que es muy escasa.

DIRECTOR.- ¿Tiene usted títulos, fincas urbanas o rústicas...? Porque las circunstancias, en ese caso, varían.

JAIME.- No, señor director. Yo no tengo ni una cosa ni otra. Pero soy un hombre en la plenitud de la vida, que gano al año doscientas cincuenta o trescientas mil pesetas, que puedo reducirme a vivir con una cantidad mínima y que, en un plazo breve, amortizaría esa suma, con sus intereses.

DIRECTOR.- ¿Quién lo duda, señor Albéniz? A propósito, ¿sabe que por usted no pasan los años? Le encuentro mejor que cuando le vi la última vez. Aunque todos somos mortales, amigo mío...

JAIME.- Yo podía hacerme un seguro de vida y nombrar beneficiario al Banco, para prevenir cualquier contingencia.

DIRECTOR.- ¡Oh, no se trata de eso! En fin, sintetizando, señor Albéniz, lo que usted pide de esta casa, en la que tanto se le estima, es un crédito personal, naturalmente.

JAIME.- Justo, eso es.

DIRECTOR.- No está mal pensado de su parte... ¿Qué? ¿Alguna inversión sabrosa a la vista?... **(Confidencial.)** ¿Tiene usted noticias reservadas que le permiten suponer el alza de ciertos valores y pretende tomar posiciones?

JAIME.- No, no, eso no...

DIRECTOR.- Se me ocurre que usted es partidario de cosas más concretas. ¿Tal vez se trata de terrenos?... No producen intereses, ya se sabe, pero son remuneradores. ¿Algún solar del extrarradio?

JAIME.- No, no.

DIRECTOR.- **(Sorprendido.)** ¿Un negocio, entonces? Mire, si acierta en la elección, puede felicitarse. Esta mesa es un observatorio de primer orden. Y desde aquí he visto yo subir como la espuma empresas que nacieron de la nada y hoy reparten dividendos increíbles.

JAIME.- No, no, señor director, no es nada de eso.

DIRECTOR.- Pues me doy por vencido, señor Albéniz. Y no es que quiera pecar de indiscreto, claro, y meterme en sus asuntos, pero es que... me convendría saber el destino que pensaba dar a ese dinero... para mi informe.

JAIME.- Lo necesito para cubrir unas atenciones de orden familiar.

DIRECTOR.- **(Con una profunda sorpresa.)** ¡Ahhhh..., ya! Vamos, se trata de adquirir bienes de consumo, de completar su presupuesto ordinario con la ayuda del Banco, pero no de especular ni de situarlo en donde produzca una renta.

JAIME.- No, no.

DIRECTOR.- Muy razonable, señor Albéniz. Lo que sucede es que nos encontramos en un momento difícil. Mire, por ser usted quien es, voy a dejarle leer la circular número 58. Se trata de algo confidencial, pero para usted no hay secretos en esta casa. Véala. **(Se la tiende.)** El Ministerio que aprieta, señor Albéniz ¡Y de qué modo!... Restringir... Odiosa palabra. Y lo que es más grave: infecunda. **(El señor ALBÉNIZ lee sumariamente la circular número 58. Entretanto el DIRECTOR ha tocado de nuevo la palanca.)** Oiga, Gil, prepáreme una nota del papel que se ha descontado esta mañana. Y diga a Sebastián que telefonee a Bolsa, a ver qué ha pasado. **(Cierra la palanca.)** ¿Qué va a pasar? Lo de todos los días. Cada veinticuatro horas perdemos cinco enteros, y así desde hace meses. Menos mal que, cuando empezó la broma, teníamos muchos que perder. ¿Qué? ¿Le echó una miradita a la circular? Atados, señor Albéniz, de pies y manos. Nosotros, los pobres directores, por la Gerencia y la Gerencia por el Ministerio. ¿No puede esperar a fin de año? Porque esto no será eterno, digo yo. Y acaso para diciembre...

JAIME.- Me urge mucho...

DIRECTOR.- Es usted un hombre buenísimo.

JAIME.- ¿Por qué, señor director?

DIRECTOR.- Porque ha venido a pedir ese préstamo a pecho descubierto, con su sola personalidad, sin parapetarse detrás de una anónima, sin buscar el aval de ningún pez gordo... Admirable, sí, sí,

admirable. Y no para lanzarse a aventuras, ni para lucrarse, ni para aumentar la inflación antipatrióticamente, sino para el cuidado de su hogar, de su familia... Ah, me llevo un disgusto, créame. ¡Qué profesión! Porque desearía ayudarlo. (**Se pone en pie.**) Todos en esta casa deseamos ayudarlo.

JAIME.- Se lo agradezco mucho.

DIRECTOR.- Claro que dado nuestro deseo de servirle, yo consultaré con...

JAIME.- (**Súbitamente.**) Señor director: un hombre honrado, como yo, dispuesto a sacrificarse hasta el último minuto de su vida por cumplir sus compromisos, un hombre que no es un viejo ni un inútil, un hombre que antes de morirse ganará normalmente cuatro o cinco millones, ¿qué puede hacer para conseguir uno ahora mismo, mañana lo más tarde?

DIRECTOR.- Pídale a quien lo tenga.

JAIME.- ¿Quién tiene más que los Bancos?

DIRECTOR.- Nuestro dinero es el de ustedes. Aquí hay de usted seis mil pesetas mal contadas. ¿Le parecería bien que diéramos esas seis mil pesetas a alguien que nos ofreciese únicamente las garantías que nos da usted? ¿No nos echaría en cara nuestra ligereza o nuestro buen corazón?

JAIME.- Buenos días, señor director.

DIRECTOR.- De acuerdo, buenos días, señor Albéniz. Sé lo que significa ese tono, esa actitud suya. Es casi una ruptura de hostilidades. Pero es que cuando usted entró por esa puerta, ¿no sabía ya lo que era un Banco? Ha vivido lo bastante para aprenderlo, mi querido amigo. Las gentes que pasan por la calle, que miran nuestros mármoles y nuestros bronces, se forman de todo eso una idea peregrina. Cuando algún caricaturista dibuja un banquero, le pone un puro en la boca, una cintura gigantesca, sortijas en los dedos y las manos en las sisas del chaleco. Otros, más idealistas, se los imaginan como la diosa Fortuna, con el cuerno de la abundancia, derramando monedas de oro, haciendo de Mecenas o de Providencia, según cuales sean sus ideas religiosas. Pero usted no tiene derecho a equivocarse y sabe que como hay que pintarlo es seco, delgado y verde, frotándose las manos, igual que los malos actores en *El Mercader de Venecia*. Porque un Banco, más que el Templo de la Abundancia, o del Poder, lo es de la Codicia. Aquí contamos el dinero todas las tardes, y aunque tenemos mil millones, si faltan solo cinco céntimos en Caja, velamos hasta que aparecen. Aquí nada se hace gratis. Se cobran los sellos de las cartas y por el más mínimo movimiento se abonan comisiones, intereses. Entréguenos un dólar en la ventanilla de la derecha y le daremos 59 pesetas. Pero si se arrepiente y nos lo reclama por la de la izquierda le juro que no se lo llevará si no paga 61. Si mañana nos decidiéramos a prestarle, no lo que nos pide, la centésima parte, un ejército de sabuesos caería sobre usted y sus amigos para enterarse de si gana poco o mucho y de cómo lo administra, si es bebedor o aficionado a las quinielas, si tiene amores con alguna vicetiple, o deudas en la tienda de ultramarinos. Nada de eso ha de saberle a nuevo, y me extraña mucho que viniendo a la intemperie a este despacho, se le ocurriese que podía salir de él llevándose un millonaje de pesetas para ayuda de sus obras

pías. ¡Lamentable error, señor Albéniz!

JAIME.- Es verdad, me he equivocado.

DIRECTOR.- Y eso, sí, perdóneme. Porque estas cosas no solemos decir las nunca, pero cuando las decimos lo hacemos sin levantar la voz y hoy me ha faltado para perder la compostura que debemos a nuestros clientes... **(Se detiene un instante.)** Usaré una imagen que va muy bien con el sitio en que estamos..., el canto de un duro.

JAIME.- Queda usted perdonado, señor director. **(Y hace mutis por la izquierda.)**

DIRECTOR.- **(Cuando ya se fue.)** ¡Buenos días, amigo! **(Da a la palanca.)** ¡El siguiente!

OSCURO

△▽

Cuadro III

La sala de visitas del Club. Una pequeña mesa, dos o tres sillas en un ángulo de la escena.

RODRIGO y JAIME **esperan la llegada de CARLOS.**

JAIME.- ¿Tú estuviste aquí alguna vez?

RODRIGO.- Sí, ya lo creo. Cuando era secretario de Torres Besa, que presidía el Club, yo solía despachar con él en esta misma sala.

JAIME.- Pero dentro, ¿has estado?

RODRIGO.- Sí, también.

JAIME.- ¿Y cómo es?

RODRIGO.- Nada de particular. Unos cuantos salones con muebles viejos. Mucho presumir de criados con librea. Pero se come mal y de las revistas extranjeras de la biblioteca, una mano misteriosa arranca siempre las páginas que traen mujeres desnudas y pone las de los santos que traen las revistas españolas.

JAIME.- Carlos, ¿es socio desde hace mucho?

RODRIGO.- Te confesaré. Le costó entrar.

JAIME.- ¿Y por qué? Es buen muchacho.

RODRIGO.- Sí, pero las cosas como son: hasta hace pocos años no lo conocía nadie. Solo después de haber invitado al Presidente a dar la vuelta a Mallorca en su yate, consiguió librarse de la bola negra. Ahora, sin embargo, te advierto que tiene muchos amigos y que todos le hacen arrumacos y le traen en palmitas. El dinero, querido.

JAIME.- El dinero, sí. ¿Te parece poco?

RODRIGO.- No, ¿por qué engañarte? Me parece muchísimo.

JAIME.- ¿Como cuánto?... ¿Cuánto calculas tú que tiene Carlos?

RODRIGO.- Esa pregunta, Jaime, no eres tú el primero que se la hace, ya supondrás. Pero que Carlos tiene por encima de los cincuenta millones, dalo por seguro.

JAIME.- Y ¿por qué unos tienen tanto y otros tan poco? ¿Es Carlos más inteligente que tú o que yo, Rodrigo?

RODRIGO.- Hay quien nace para ganar dinero y convierte en oro cuanto toca: el secano se le vuelve regadío, las piedras, wolfram, les suben las inmobiliarias y el cinco se le repite en la ruleta. Y hay quien nace para pobre y al que le pasa lo contrario. Ni ruleta, ni wolfram, ni regadío, ni historias.

JAIME.- Diversos síntomas me hacen temer que ese sea mi caso.

RODRIGO.- Mala suerte, entonces.

JAIME.- Sí, mala suerte.

RODRIGO.- Sé sincero: ¿no confías en la amistad de Carlos...?

JAIME.- (**Vagamente.**) Psss...

RODRIGO.- Explícate.

JAIME.- ¿Te acuerdas de Luis Martínez y de Andrés Escoriaza? Sí, hombre... Luis Martínez, uno pequeño, afilado, con un bigotito, que llevaba una pulsera que decía Rosaura...

RODRIGO.- Ah, sí.

JAIME.- «Sois los amigos más unidos que he visto nunca», le dije yo a Luis. «Pues mira, no sé -me contestó- porque es verdad que yo daría la vida por él y él por mí, pero aún no nos hemos pedido dinero...».

RODRIGO.- Escéptico vienes, Jaime.

JAIME.- De siempre he creído que la generosidad es virtud más rara que el heroísmo. El azar, reunió un día quinientos héroes en el Alcázar... ¿Habrán en Toledo el 18 de julio, quinientos hombres generosos...?

(RODRIGO se ríe sin demasiado entusiasmo. CARLOS entra por el foro. Es un hombre bien portado. Lleva una insinuación de bigote. Viste un traje impecable. Luce un clavel en la solapa. Es un hombre jovial, vanidoso, ligero.)

CARLOS.- ¿Qué tal, querido *subdirector*?

JAIME.- No te anticipes.

CARLOS.- ¡Huy, eso depende de mí!... En junio es cosa hecha. (A RODRIGO.) Tú te quedaste todavía en casa de Jaime, ¿verdad?

RODRIGO.- Sí, un rato.

CARLOS.- Cuánto nos reímos... Estuviste estupendo, Jaime. Como si oyéramos a Pérez Cano... Y Vicente... ¡Qué gracioso Vicente! Por cierto: ¿había bebido o no? ¿Qué opináis?

RODRIGO.- Apenas nos dejaste, nos pusimos a discutirlo.

JAIME.- Yo creo que sí. No había más que verle.

CARLOS.- En todo caso, su vino es encantador. Hay que hacerle beber siempre.

RODRIGO.- Nombraremos una comisión que se encargue de eso.

CARLOS.- ¿Qué te sucede Jaime? Te noto apagado... ¿Es la resaca, el ratón como dicen en Venezuela?

JAIME.- No.

RODRIGO.- Es algo peor, Carlos. Jaime se encuentra en un trance difícil, muy difícil. Y venimos a pedirte que le echas una mano.

CARLOS.- ¿De qué se trata?

JAIME.- Mi yerno... A ti no te voy a ocultar nada. Un paso en falso de mi yerno. Algo que le compromete, que le deja al descubierto y que le puede costar... la cárcel.

CARLOS.- Pero, hombre..., ¿Cómo se llama tu yerno? Martín, ¿no?

JAIME.- Martín Nadal.

CARLOS.- Eso es... Si yo conocía a un tío suyo, que trabajaba en carbones.

JAIME.- Se fue a Inglaterra. Vive allí ahora.

CARLOS.- ¿Y a cuánto alcanza... ese descubierto?

JAIME.- Prácticamente... un millón de pesetas.

CARLOS.- ¿Y pretendéis que yo lo pague...?

JAIME.- Una parte, Carlos...

RODRIGO.- Hay que salvar a Jaime.

CARLOS.- Sí, sí, conforme, hay que salvar a Jaime, pero...

JAIME.- Escúchame, Carlos...

RODRIGO.- ¿Qué te supone a ti adelantar, como dice Jaime, una parte de ese dinero, avalar con tu firma la suya en un Banco, hacerte responsable de su devolución dentro de cuatro años o de cinco?

CARLOS.- ¿Qué parte?

RODRIGO.- Una tercera parte... una cuarta parte...

CARLOS.- Pero, por Dios, Rodrigo... Tú es que desconoces mi situación.

RODRIGO.- Carlos, tienes un yate en Palma, un Cadillac, caballos de carreras, una casa sensacional...

CARLOS.- Veo que no estás enterado de nada... Un Cadillac, sí, conforme. Pero que lo uso de Pascuas a Ramos, porque se bebe un río de gasolina y no hay quien lo mantenga, entre tantos 600 a todo pasto. El yate de Palma... ¿Es que no supisteis que he despedido a todos los marineros menos a dos? Pues, sí, hijos, sí. Con dos marineros anduve el verano pasado cuando fuimos a Portofino en compañía de Torres Besa. Pregúntaselo tú que le conoces. Caballos... vendo la cuadra, os doy la noticia... mira que para que yo venda los caballos... Una casa sensacional... Siempre se exagera. Grande, eso es todo. Que me cuesta muy poco porque acabo de estrenarla. Desgraciadamente no es oro todo lo que reluce. Te lo aseguro... ¿De dónde quieres que saque ese dinero? ¿Sabes lo que me ha costado la bromita de la Bolsa en diez meses? Dos millones de pesetas, así, como lo oyes...

RODRIGO.- Y el Casino de Montecarlo...

CARLOS.- Pues sí. No me importa reconocerlo. Una fortuna, una

verdadera fortuna. Y así ando desde entonces, querido, tapando agujeros. Tú, fíjate que doy solo dos cenas a la semana. Y al año que viene la boda de Teresita... Sí, sí, ¿no lo sabíais? Con Perico Garcimañes; un hijo de Javier Garcimañes... Y buscándoles un piso estoy, que hay que ver los precios...

JAIME.- Rodrigo te ha insinuado algo que tal vez podrías hacer sin demasiado esfuerzo.

CARLOS.- ¿A qué te refieres? Porque, Jaime, el dejarte en la cuneta no va conmigo. Y si algo está a mi alcance...

JAIME.- Se trataría de que avalases con tú firma un préstamo a mi nombre...

CARLOS.- No, si ya lo entendí... Pero, bueno, vamos a hablar con sinceridad. ¿Cuándo crees que te puedes poner en condiciones de pagar una cantidad de esa importancia? Aun la otra noche te quejabas de que tus ingresos habían disminuido... (Se apresura.) Como los de todos, querido. Y siendo así... la vida entera te haría falta para amortizarla.

JAIME.- Yo puedo apretarme hasta el máximo. Soy de pocas necesidades. Me alimento del aire, si es preciso.

CARLOS.- No, Jaime, no se trata de llevarte uncido de la argolla, como un oso, sujeto al suplicio de unos plazos.

JAIME.- Yo te agradecería siempre...

CARLOS.- Tú me odiarías en seguida como un verdugo. Sería el peor de tus enemigos. No te atreverías a hablarme, porque pensarías que estabas obligado al agradecimiento, aunque no lo sintieras y que yo podría exigírtelo como un plus de los intereses. Me evitarías, si me encontrases en la calle y pensando en la diferencia entre tus medios y los míos, creerías que yo era un desalmado, un tirano, por esperarte detrás de cada primero de mes, o de cada semestre, con la maza en alto, para descargarla sobre ti si te retrasabas.

JAIME.- Pintas a tu gusto mis sentimientos, y te equivocas. Te miraría como un protector, como alguien a quien le debía no un dinero sino un servicio de amistad. Veneraría tu nombre, no toleraría nada que fuese en desdoro tuyo, ni una crítica ni un comentario adverso. Te habrías ganado para siempre mi respeto, mi abnegación. Yo estaría acechando tus crisis, tus malas rachas, tus horas adversas, para hacerme presente y salvarte.

CARLOS.- No nos engañemos. Conozco bien esos vínculos, sé de qué se hacen. ¿O es que te imaginas que tu caso es el primero que se me presenta? No, por ahí alguno... Vaya, os daré nombres. ¿Por qué creéis que no vino a nuestra cena Raúl Jiménez? Pues, os lo diré, aunque hubiese preferido callarlo. Porque me debe dinero. Poco, pero dinero al fin. Y ya tenía que habérmelo devuelto. Y no lo ha hecho no porque no puede, sino porque no quiere... Que esa es otra... A la hora de pagar, todo es preguntarse: «¿Y qué más da si me retraso? A mi acreedor le es igual. Este montoncito que yo pongo sobre sus otros montones del Banco, no cambia en nada su vida. Y la mía, en cambio, se resiente». Conozco mis clásicos, querido. Así, de carrerilla, me sé la papeleta. Y no me divierte que se repita entre nosotros la misma broma.

JAIME.- En resumen, Carlos, no cuento contigo.

CARLOS.- ¡Eh, eh, eh! Nada tampoco de actitudes heroicas y de hacerse la víctima, como si yo fuese un desalmado que se encogiese de hombros ante la desventura de sus amigos, no. Yo estoy dispuesto a socorrerte, dentro de los límites... normales.

RODRIGO.- ¿Cuáles son esos límites?

CARLOS.- No se puede asaltarle a uno en el Círculo, cuando está jugándose tranquilamente cuarenta duros al bridge para pedirle una suma así. No, señor... ¡Qué demonio!

JAIME.- Lo pido para algo sagrado, para salvar a un hombre de la cárcel, y a mi hija Natalia del deshonor. No para permitirme un lujo o un capricho. Lo pido jurándote por la memoria de mi madre que me pondré a pan y agua para devolvértelo, que trabajaré día y noche, sin descanso hasta entregarte el último céntimo. Yo no soy un pícaro, Carlos, tú lo sabes, no lo he sido nunca.

CARLOS.- Eres un infeliz, Jaime. Y perdóname si te lo digo. Siempre de abogado de causas perdidas. Ese es el papel que te enajena y para el que naciste. Sin duda tu yerno cuando se comprometía de la manera que fuese, que no quiero saberlo, era contando con que detrás de sus locuras, de sus imprudencias, estabas tú, con tu espíritu de sacrificio, dispuesto a enmendar sus malos pasos y a sacarle del atolladero. **(Transición.)** Bueno, repito, que no voy a dejar que te vayas con las manos vacías. Aunque, sintiéndolo mucho, me sea imposible resolver tu problema.

JAIME.- ¿Cómo he de entenderte, Carlos?

CARLOS.- Dime en dónde te puedo ingresar mañana veinticinco mil pesetas, que ya me las devolverás cuando te sea cómodo. **(Ante el gesto de RODRIGO y JAIME.)** ¿Es que yo soy tu único amigo? ¿No tienes otros? ¿Por qué no repartes proporcionalmente el peso entre todos? ¿Habéis hablado con Cárdenas? Su mujer es una de las ricachonas de Caracas. En bolívares, que es lo que cuenta, y no en pesetas. ¿Habéis hablado con Vicente? Es el rey de Málaga. Con que ceda el beneficio de unos cuantos metros cuadrados te saca de apuros. ¿Y con Agustín? Porque Agustín es una hormiguita, os lo advierto. Solo que, como no gasta, parece que no tuviera un duro. Ahora cambiaba mis rentas por las suyas. Lo que pasa es que yo no atesoro. Y me permito esas alegrías de los yates y de los coches lujosos. Y todos se creen que soy Rockefeller y me persiguen. Tengo que cambiar. O doy el barquinazo, palabra.

JAIME.- **(Se pone en pie.)** Te ruego que me perdones, Carlos. Te agradezco tu proposición. Si no te la acepto es porque, verdaderamente, no me sirve de nada. Me considero incapaz de reunir los cuarenta amigos que necesitaría para llegar a puerto.

CARLOS.- Mira, Jaime, lo siento en el alma. Hace un par de años, tal vez, hubiese podido hablarte de otra manera. Hoy, todo es distinto.

JAIME.- No te preocupes. Me hago cargo.

CARLOS.- ¿Conoces el Club? ¿Te divierte echarle un vistazo?

JAIME.- Gracias, en otra ocasión.

CARLOS.- Un día, cuando pases esta crisis, avísame y almorzamos juntos. Yo lo hago en el Club con mucha frecuencia.

JAIME.- ¿Por qué no? Buenas tardes, Carlos.

CARLOS.- De todas formas, ya sabes. Dispón de mí como te convenga, y a las veinticuatro horas tienes el ingreso a tu nombre.

JAIME.- Gracias, Carlos.

CARLOS.- Tú has adelgazado (**O «engordado», como convenga al tipo de actor que interprete este papel.**) lo tuyo en estos últimos meses, ¿eh, Rodrigo?

RODRIGO.- Bah... ¿Te parece?

CARLOS.- ¿Exagero, Jaime?

JAIME.- Yo le encuentro igual que siempre.

CARLOS.- ¡Cuida la línea!

JAIME.- Hasta pronto. (**Y hace mutis.**)

CARLOS.- Adiós, Jaime. Adiós, Rodrigo.

RODRIGO.- (**Parece cerciorarse de que JAIME se ha ido. Habla sin embargo, con cierta violencia, contenida, temeroso de que le oigan.**) Le has abandonado, Carlos.

CARLOS.- ¿Qué es lo que pretendías? ¿Que tirara trescientas mil pesetas por la ventana?

RODRIGO.- Al contrario: que las invirtieses en una causa noble.

CARLOS.- Te pierde la fantasía.

RODRIGO.- ¡Trescientas mil pesetas por salvar el honor de un hombre! ¿Cuándo han podido servir para más?

CARLOS.- ¿Y a mí qué me importa el honor de su yerno? Aun si fuese el de Jaime... ¿Por qué tengo que ser yo el que me sacrifique?

RODRIGO.- Porque él es tu amigo, nuestro amigo.

CARLOS.- Sí, pero no hasta ese punto. Es mi amigo, para eso, para comer juntos una noche cada año, para felicitarnos cuando las cosas van bien y enviarnos una estatuilla de Don Quijote si se casan nuestros hijos, para hablarnos en los entreactos, para asomar la cabeza por la habitación de la clínica y preguntar «¿Cómo anda eso?» si nos han operado de apendicitis o nos han extirpado un riñón, para recomendarnos una taquígrafa que está sin empleo, para guiñarnos un ojo si coincidimos en la barra de Pasapoga y hasta para decir «Caramba, pues sí que lo siento» el día que uno lea la esquila del otro. Así tengo yo quinientos amigos subiendo y bajando de sus coches, tomando los trenes de cercanías, veraneando en San Sebastián o en Palma y mandándome Christmas de Navidad. Imagínate tú lo que sería de mí si cada uno de ellos se pasase por el Club con vuestra misma pretensión. Y yo no admito que Jaime se sienta más amigo mío que yo de él y con más derecho para pedirme dinero del que me asiste a mí para negárselo.

RODRIGO.- (**Con sequedad.**) Está bien, Carlos.

CARLOS.- Por si fuera poco: es de mal tono venir a hacerle a uno escenas de pobre.

RODRIGO.- ¿Qué crees? ¿Qué debe dejarse morir como un leproso?

CARLOS.- Con alguna frecuencia se borran de las listas del Club gentes que cambian de fortuna. Se van en silencio sin llorarnos sus desgracias: no es elegante. Se pierden por las calles... Y al cabo de los años se los encuentra uno con mala cara y huidizos. Tú has hablado de los leprosos. La pobreza es la lepra de nuestro siglo.

RODRIGO.- Dos ventajas tiene: se cura fácilmente y no se contagia. **(Pausa.)** En fin...

CARLOS.- ¿Qué piensas, Rodrigo?

RODRIGO.- Vivimos en tiempos muy extraños.

CARLOS.- ¿Tú crees?

RODRIGO.- Cada día surge una asociación nueva en la que se reúnen los usuarios del teléfono, los cazadores de perdices, los balandristas... Y sin embargo, el hombre está cada día más aislado, más abandonado a su suerte, más insolidarizado con su vecino, al que solo saluda quitándose el sombrero cuando se lo lleva el coche de la funeraria. Un tiempo curioso, Carlos.

CARLOS.- **(Con un gesto malicioso.)** A mí me gusta, Rodrigo.

UNA VOZ.- **(Desde dentro.)** Señor...

CARLOS.- Sí.

UNA VOZ.- Pregunta el señor marqués si sube para continuar la partida.

CARLOS.- Sí, subo ahora mismo. **(A RODRIGO.)** Me olvidé de que me esperaban. Hasta pronto, muchacho.

RODRIGO.- Adiós, Carlos.

(Mutis de CARLOS. JAIME vuelve por la lateral de su mutis.)

JAIME.- ¿Para qué te has quedado?

RODRIGO.- Me apetecía decirle algunas cosas.

JAIME.- ¿Te desahogaste?

RODRIGO.- A medias.

JAIME.- ¿Confiabas en él?

RODRIGO.- Siempre se aprende. Ahora ya sé que Carlos es incapaz de comprender el drama de nadie.

JAIME.- Algo de eso sospechaba yo.

RODRIGO.- Te brindaba su ayuda como si suscribiese veinticinco acciones de mil pesetas en una empresa a fondo perdido.

JAIME.- Acaso otros sean menos generosos que él.

RODRIGO.- Listos estamos si es así.

JAIME.- Escúchame, he de rogarte algo a lo que te vas a negar. Y sin embargo, me harías el mayor favor del mundo complaciéndome.

RODRIGO.- ¿De qué se trata? **(JAIME se saca del bolsillo unos billetes y se los mete en el de RODRIGO.)** ¿Qué es esto?

JAIME.- Lo que me pediste ayer.

RODRIGO.- **(Casi irritado.)** ¿Piensas que yo..., en las circunstancias

en que te encuentras, puedo aceptarlo?

JAIME.- ¿En qué cambia mi situación unos miles de pesetas más o menos?

RODRIGO.- ¡Ah, no, de ninguna manera!

JAIME.- **(Con una extraña insistencia.)** Rodrigo, yo te lo suplico...

RODRIGO.- Es que...

JAIME.- No me los rechaces.

RODRIGO.- Pero, ¿por qué?

JAIME.- Porque quiero ponerme a bien con mi conciencia. Se me está ocurriendo que no tenemos derecho a reprochar a los demás que no hagan por nosotros lo que nosotros no hubiésemos hecho por ellos.

RODRIGO.- ¿Le negaste algo a Carlos?

JAIME.- No, pero te lo negué a ti. Yo llevaba ayer en la cartera el dinero que me pedías y busqué un pretexto para no dártelo. Acéptalo ahora, aunque con retraso. Solo así me sentiré con autoridad moral para pedir la ayuda de los demás.

RODRIGO.- Allá tú, y muchas gracias, Jaime.

TELÓN

Parte II

△▽

Cuadro I

Se oye un *rock and roll*. La luz deja ver un rincón de la habitación de VICENTE.

VICENTE es un hombre de unos cuarenta años, que viste pantalón de franela y chaqueta deportiva. Está sentado junto a la radio y oyéndola en actitud de manifiesto arrobo. Cuando RODRIGO y JAIME entran en escena les hace señas para que no interrumpen su audición. Ambos le obedecen. El diálogo empieza cuando el *rock and roll* ha concluido.

VICENTE.- ¿No os gusta? Es la orquesta Flowers. La mejor de Estados Unidos. **(Tararea los últimos compases.)** Tiene un ritmo estupendo.

RODRIGO.- ¿Eres aficionado a la música, Vicente?

VICENTE.- La clásica, no. ¡Qué horror! Odio sus grandes dioses. Las tabarras de los conciertos, los gorgoritos de las tiples, las orquestas-copes, queridos. Con sus doscientos violines y sus cien clarinetes. No, no me cazaré vivo ninguna. Pero esta, sí. Yo me río del rey de Baviera que tocaba en la Filarmónica de Munich, pero comprendo a su colega de

Tailandia, con un sexteto de jazz en su palacio. Bueno... ¿y por qué no os sentáis? Ahora caigo que a lo mejor no os lo he dicho. Sentaos, sentaos... ¿Cómo andas, Jaime? ¿Y tú, Rodrigo? ¿Qué os trae por aquí? Beber... Beberéis un poquito, ¿eh? ¿Conforme?

JAIME.- No, Vicente, no. Vamos, al menos yo.

RODRIGO.- Tampoco yo.

VICENTE.- La ley de los contrastes... Porque ayer, por la noche...

JAIME.- No te referirás a mí.

VICENTE.- ¿Pues a quién si no? ¿A ver?... No tienes un aire muy tranquilizador. Ojeras, cara cansada... ¿Y tú Rodrigo? A ti no te vigilé porque estabas sentado en la esquina y te veía mal... Pero si pensamos que bebimos diecisiete botellas y que éramos doce y que yo no bebí ni una copa...

RODRIGO.- (**Le interrumpe.**) ¿Ni una copa?

VICENTE.- Como lo oyes, galán, ni una. Dividimos diecisiete entre doce, resultará que tocamos a... (**Piensa, con súbita seriedad.**) ¿A cuánto tocamos por cabeza? A una enormidad, ¿no?

RODRIGO.- A una enormidad, sí. Anda, siéntate tú también, Vicente, y deja tus cálculos para otra ocasión, porque venimos a verte por algo muy serio.

VICENTE.- No me asustéis. Los sustos hacen un daño tremendo. El organismo se resiente aun cuando al principio ni se note. ¿Qué es lo que pasa?

JAIME.- Vicente: me encuentro en una situación dramática.

VICENTE.- ¿Tú? (**Transición.**) Esto sí que es bueno... Tú, el hombre equilibrado, el rey del sentido común, el emperador de la sensatez...

RODRIGO.- No, él exactamente no.

JAIME.- Mi hija... mi yerno, es lo mismo.

VICENTE.- ¡Ah, ya!... Dejadme a ver si lo adivino. Martín Nadal andaba en líos de política.

JAIME.- No, no es eso.

VICENTE.- ¿Mujeres? ¿Se ha ido Martín detrás de alguna?... Enamorada de él estaba... ¿quién era, demonio, quién era?

JAIME.- No, Vicente. No lo adivinas. Martín ha tenido un mal momento... El caso es que... ha falsificado unos papeles importantes... y ha sustraído algún dinero... Y necesita reponerlo. Y no sabe de dónde sacarlo.

VICENTE.- Me quitas una preocupación, Jaime.

JAIME.- ¿Por qué?

VICENTE.- Creí que era algo más grave. Mira, te soy sincero. Si Martín se hubiese dejado llevar de su temperamento -porque Martín es impulsivo, no te olvides que yo le conozco desde chico- y se hubiese metido en algún lío de política o de zarandajas, mal asunto. Yo te diría: «Muchacho, no ha habido suertecilla». Y allá cada uno que se las arreglase como pudiese. O si se tratase de faldas. Porque las faldas arrastran de un modo que da miedo. Sobre todo al principio. Después, ya

no. Uno está deseando soltárselas... Pero si no es ninguna de las dos cosas...

JAIME.- (**Con una leve expresión de sorpresa.**) No, no... Se trata de algo diferente. Ya te lo he dicho... de dinero.

VICENTE.- Ah, siendo así... El dinero... ¿qué vale el dinero? Si es tan fácil ganarlo... Yo he ganado mucho, mucho. ¿Y sabes cómo? Veraneando. Ah, eso sí: veraneando como nadie. Os contaré el truco. Yo me compré unos terrenos. Pagué, firmé la escritura, me puse a bien con la Hacienda y con el Registro de la Propiedad y me fui a Biarritz. ¡Cómo lo pasé, chicos! ¡Bárbaro! Llego a fines de septiembre, pregunto por los terrenos y me dicen: «Valen el doble». ¿Ah, sí? Pues hale, el avión y a Argentina, donde tenía unos asuntos que arreglar. ¿No habéis estado nunca en Mar del Plata? El paraíso terrenal, os lo aseguro... Vuelvo a España a fines de marzo, pregunto y me dicen: «Te dan el triple de lo que pagaste». Muchacho -pensé para mis adentros- aquí lo conveniente es seguir veraneando. Y en efecto, a Biarritz otra vez. Cuando empezaba a caer la hoja a Sudamérica. Montevideo, Pocitos, Carrasco, Punta del Este... Y en abril, el avión o el barco y a España. Las ferias, las corridas, las piscinas... Ocho años así, fijaos, sin usar el abrigo, dieciséis veranos seguidos. Estupendo. Y entretanto sin hacer nada, sin escribir una carta ni visitar a nadie, aquellos terrenos iban subiendo, subiendo de valor cada vez más... Producían dinero físico, como podían haber producido ciruelos, espárragos, maíz... Y yo iba cortándolos, como una pieza de tela, con unas grandes tijeras, delante de un corredor de fincas, muy serio y apilando lo que me entregaban en esta habitación hasta llenarla. Por eso yo no doy valor ninguno al dinero, porque no me ha hecho madrugar, ni estudiar de noche, ni me ha sacado ampollas de las manos... ¿Cuánto necesitas?

JAIME.- Verás... Debo prevenirte. No es una pequeñez... Pero, naturalmente, yo no te lo pido como un regalo sino, simplemente, como un préstamo..., ¿entiendes? Porque yo pienso devolvértelo dentro de cuatro años o cinco religiosamente.

VICENTE.- Déjalo, no hablemos de eso. (**Se dirige a la gramola.**) Lo que siento mucho, es que no os guste el jazz. ¿A qué no sabéis cuántos discos tengo? Decid un número.

JAIME.- No sé... ¿Cien? ¿Doscientos?

VICENTE.- ¡Qué va! Muchos más. Pasan de mil. Los he clasificado por orquestas. De la de Flowers, tengo ocho. El último es el que estaba oyendo cuando entrasteis... Se llama... Ah, el título en inglés es muy complicado. Quiere decir algo así como: «La primavera lleva los brazos desnudos». ¿Lo pongo otra vez?

RODRIGO.- No, déjalo, Vicente. Andamos con un poco de prisa, ¿sabes? Porque si antes de mañana no conseguimos arreglar las cosas, podría pasar algo muy desagradable.

VICENTE.- (**Frenando de pronto.**) Sí, sí... Ya comprendo... Perdonadme. Me he olvidado de que vuestro espíritu no está en condiciones para saborear una música así... Tenéis prisa, claro, claro. A lo mejor necesitáis ingresar ese dinero en una cuenta o entregárselo

personalmente a alguien en su propia mano... Y yo os estoy retrasando... Torpe, a veces soy muy torpe. Mi mujer me lo dice siempre: «No te pones nunca en la situación de los otros. Eso te hace antipático».

JAIME.- No te preocupes, Vicente... Y por cierto, aún no te he dicho la cantidad que me hace falta. Temo que tu buena voluntad no sea bastante.

VICENTE.- ¿Qué necesitas?

JAIME.- Como necesitar, un millón de pesetas, pero...

VICENTE.- **(Le oye en silencio, un silencio enigmático.)** Ya.

JAIME.- Me doy cuenta de que es mucho...

VICENTE.- ¿Hoy, hoy?... No...

JAIME.- Yo no te pido tanto, Vicente. Con tal de que me dejes la tercera parte o algo parecido, yo creo que el resto puedo encontrarlo por otro lado.

VICENTE.- Trescientas mil pesetas, por ejemplo...

JAIME.- Pues... sí.

VICENTE.- ¿Os importa?

(Pone de nuevo el disco y se va bailando. JAIME y RODRIGO se miran sin explicarse bien la actitud de VICENTE.)

RODRIGO.- ¿Qué le pasa?

JAIME.- No sé bien. Algo extraño... ¿Estaré en vías de resolver mi problema, Rodrigo?

RODRIGO.- **(Sin demasiado convencimiento.)** Pues... claro que sí.

JAIME.- Tengo una sensación rara... hasta un cierto malestar, no te lo niego.

RODRIGO.- ¿Y por qué?

JAIME.- Lo ignoro. Tú hiciste hincapié en que viniésemos a ver a Vicente antes que a Lauro.

RODRIGO.- No me faltaban razones. Vicente es generoso, abierto. Va a demostrarlo. Lauro Urquía es otra cosa.

JAIME.- ¿Te ha sucedido algo con Lauro?

RODRIGO.- Nada grave, aunque a esa visita no te hubiese acompañado yo.

JAIME.- Mira por donde, también yo hubiera preferido ir solo.

RODRIGO.- Quién sabe si será innecesario que vayas.

JAIME.- Dios lo quiera.

VICENTE.- **(Trae un cheque en la mano. Habla fantasmalmente.)** ¿He tardado mucho?

JAIME.- No, no.

VICENTE.- No encontraba el talonario. **(Baja la voz.)** Las mujeres. Su orden no tiene nada que ver con el nuestro. Y quieren imponérselo. Es como si nos obligaran a cambiar de idioma. ¿Dónde creéis que guardaba el talonario? ¿En el cajón de mi despacho, como es lógico? Pues, no, señor, en la cómoda de su cuarto. Pero, yo soy un detective

sensacional... Ea, aquí está: hice un cheque al portador. **(Se lo entrega.)**

JAIME.- Ah, muy bien.

VICENTE.- Voy a daros un consejo. Trabajad siempre con ese Banco. No hay otro que lo iguale.

JAIME.- Sí... **(Lee el cheque.)** Pero... ¿qué has escrito aquí, Vicente?

VICENTE.- No sé... lo que habíamos hablado.

JAIME.- No, Vicente, no... Te equivocaste. **(Le mira escrutadoramente a ojos, adivinando la razón de todo.)** No son tres millones. Son trescientas mil pesetas o... como máximo un millón.

VICENTE.- Ah, es facilísimo de arreglar... **(Recoge el cheque y se dispone a enmendarlo sobre la gramola.)** se le quita un cero y...

(VICTORIA entra en escena. Es una mujer de mediana edad.)

VICTORIA.- ¿Es usted Jaime Albéniz?

JAIME.- ¿Cómo está, señora?

RODRIGO.- Soy Rodrigo Sanz.

VICTORIA.- He oído hablar a mi marido de ustedes.

JAIME.- Somos amigos casi desde la infancia.

VICTORIA.- **(A VICENTE.)** ¿Por qué no escribes en tu mesa de despacho? Estarás mejor.

VICENTE.- Sí, tienes razón. **(Se levanta. Sonríe a RODRIGO y a JAIME con un aire desconcertante.)** Mi mujer tiene razón siempre. **(Y hace mutis.)**

VICTORIA.- He de prevenirles de una cosa. ¿No saben que mi marido está incapacitado?

RODRIGO.- ¿Cómo dice?

VICTORIA.- Perdónenle. Deben ayudarme todos ustedes.

JAIME.- ¿A qué señora?

VICTORIA.- Llevaba una larga temporada bien de los nervios. Ha vuelto a recaer. Mañana entrará en un sanatorio.

(Los tres se miran sin palabras. Sobre el silencio de los tres, se hace el...)

OSCURO

△▽

Cuadro II

La antealcoba de LAURO.

JAIME aguarda ser recibido. LAURO entra por la lateral. Viene despeinado, como si se acabase de levantar de la cama. Lleva un

pijama y una bata. Es un hombre de la edad de JAIME.

LAURO.- Querido Jaime... **(Le abraza largamente. Se desprende de él unos instantes y vuelve a abrazarle de nuevo.)**

JAIME.- ¿Qué tal, Lauro?

LAURO.- Chico, lo que sentí perderme la comida de anoche. Pero era el primer día sin fiebre después de una gripe de casi una semana. Y María Eugenia empezó con que si hacía frío, o si no lo hacía y consiguió llenarme de aprensión.

MARÍA EUGENIA.- **(Entra por la misma lateral de su marido. Viste un traje de casa. Lleva en la mano unos frascos de medicina y una americana.)** Y en buena hora lo digas... ¿Qué tal Jaime?

JAIME.- ¿Qué tal, María Eugenia?

MARÍA EUGENIA.- ¿Tú sabes que es la tercera bronconeumonía del año? Tiene una facilidad para cogerlas que es de preocupar, palabra... Y una bronconeumonía mal curada es muy peligrosa, te lo advierto.

LAURO.- Acabarás haciendo de mí un viejecito con tisanas, gorro de dormir y bastón.

MARÍA EUGENIA.- **(A JAIME.)** Hay que hablarle así, porque es la única forma de que lo entienda. ¿Tengo razón o no, Jaime?

JAIME.- Lauro: yo creo que tu mujer no dice ningún disparate. A la fiebre hay que hacerle tres reverencias, como a los Jefes de Estado. Y no salirse de la habitación sin haber cumplido con el protocolo.

MARÍA EUGENIA.- ¿Ves, Lauro, ves?

LAURO.- Calla, hombre, que no te puedes imaginar lo que me ilusionaba reunirme con vosotros. Porque el año pasado no sé lo que sucedió. Ah, sí, había ido a Barcelona a la presentación de *Nido de Águilas*.

JAIME.- Vi la película. Qué éxito enorme, ¿verdad?

LAURO.- Veintidós semanas en tres cines simultáneamente... Pero, en fin, ayer que estaba en Madrid, quería yo haberos dado un abrazo a todos. Y el doctor Tirteafuera.

MARÍA EUGENIA.- Bueno, bueno... De ingratos está empedrado el infierno. Otra vendrá, no te preocupes, que te hará la vida más agradable.

JAIME.- **(Se ríe.)** ¿Qué es eso de «otra vendrá»?

LAURO.- Mi mujer no duda que a las dos semanas de haber desaparecido del mundo de los vivos la habré sustituido. Y, o por modestia, o por convicción, ya oyes, asegura que con ventaja.

MARÍA EUGENIA.- Si no a las dos semanas, sí a los dos meses. Tú lo verás, Jaime.

JAIME.- Yo no pienso ver nada de eso. Pero estoy seguro de que Lauro sería tan perfecto viudo como casado.

LAURO.- No hay viudos, Jaime, no hay viudos. Ellas nos entierran siempre.

MARÍA EUGENIA.- Porque los hombres volvéis a casaros en seguida. Cubrís las bajas con una rapidez vergonzosa. Por eso no existís como clase.

LAURO.- Ni tenemos tampoco ningún valor literario, ni cinematográfico, ni romántico. Un viudo no cuenta para nada, y si alguien me ofreciese una película que tuviese a un viudo de protagonista, yo le mandaría con viento fresco... Aunque fuese una superproducción. **(Tras una leve pausa.)** Un divorciado, eso es otra cosa. **(Vuelve a pensar para sí.)** Y, sin embargo, ya ves, un anulado, no.

JAIME.- De acuerdo, Lauro. Hay dos clases de anulados. Los que se echan al cesto de los papeles, por inservibles, o los que esperan en la Vicaría como en los cines por sesiones, para reincidir de nuevo. Ninguno de los dos grupos es demasiado interesante.

MARÍA EUGENIA.- Las anuladas, sí.

LAURO.- Ah, querida. Eso es diferente... Todo el mundo está deseando saber lo que hay detrás de una anulación como lo que hay detrás de una celosía o de la tapia de un jardín... Bueno. Al pobre Jaime le estamos dando la lata con estas tonterías. Y además... **(Ahora comprende que tocando ese tema ha cometido una indiscreción grave y se aflige sinceramente. En un tono de voz contrito.)** Perdóname. Ignoro por qué ha salido a relucir en la conversación un tema tan absurdo.

JAIME.- No te preocupes. No me doy por aludido.

(Mutis de MARÍA EUGENIA.)

Yo no figuro en ninguna de esas tres categorías. Yo no soy viudo, ni divorciado, ni anulado. Mi mujer se enamoró de Jorge Parra y se fue a vivir con él. Eso es todo. Hace de esto tiempo ya. No hay heridas que duren abiertas tanto tiempo. Por lo demás, creo ser «cinematografiable». Si por una distracción de la Censura, te llevasen una película con mi caso, mi consejo sería que la rechazases... Como si se tratase de un viudo.

LAURO.- **(Se ríe bondadosamente.)** Querido Jaime... Eres un tipo estupendo. Y ya sabes lo que siempre me alegra verte... Y lo que te recuerdo. El lunes último hablé mucho de ti, y te telefoneé. Pero no contestaba nadie en tu casa.

JAIME.- ¿El lunes?... Lo pasé fuera.

LAURO.- Ya lo supuse.

JAIME.- **(Sin comprender nada.)** ¿Y por qué el lunes... especialmente? **(Comprende al fin y sonrío con cierta melancolía.)** Ah, ya...

LAURO.- Catorce de octubre... ¿Cuántos años? ¿Quién lo diría?

JAIME.- ¡Qué barbaridad!... Veintidós nada menos.

LAURO.- **(Con cierto patetismo.)** Son cosas que no se olvidan, Jaime.

JAIME.- ¡Bah!... Tú hubieses hecho igual.

LAURO.- No te quites méritos. Te expusiste a... lo más que se puede exponer uno en la vida, que es a perderla.

JAIME.- Era la zona roja, Lauro.

LAURO.- Lo que hiciste fue heroico.

JAIME.- ¡Bah!... en aquel ambiente... Se vivía en continua excitación,

con los nervios a flor de piel.

LAURO.- Es verdad. Nunca se ha sido ni tan cobarde ni tan valiente como entonces.

JAIME.- Todo era cuestión de cara o cruz.

LAURO.- No, no...

JAIME.- Eran fáciles los gestos heroicos, como tú los llamas. Yo no fui un héroe ni mucho menos. ¿Sabes quién es el héroe por antonomasia? El que va tranquilamente, con su traje de domingo, hablando con la novia, y de pronto oye pedir socorro a uno que se ahoga, y se echa al agua, sin desnudarse siquiera. Ese, sí, es un héroe. El que va en el bote del Salvamento de Náufragos, ya lo es menos. **(Sonríe.)**

LAURO.- Por mucho que te dejes llevar de tu modestia y te quites importancia, para mí y para los míos, serás siempre el hombre al que debo la vida. Créeme que haría cualquier cosa por demostrarte mi gratitud.

JAIME.- Es muy raro oír hablar así, Lauro, a los veintidós años de lo sucedido. La gratitud es como una llama que luce mucho y se apaga pronto. Y que deja un humo que provoca la tos.

LAURO.- ¿A qué te refieres?

JAIME.- Es embarazosísimo hacer grandes favores. Recordarlos azara siempre. Al que los hizo toda devoción le parece poca. El que los recibió se cree obligado a hablar en falsete. Si no fuese por la ingratitud que, afortunadamente abunda mucho, los cirujanos y los buenos gobernantes, no podrían dar un paso tranquilos.

LAURO.- Aunque te agobie, yo seré uno de los que proclamaré siempre la deuda que me une a ti.

JAIME.- La mayoría de las deudas separan, no unen. Tu reacción, créeme, es poco frecuente. Pero dice mucho en tu favor.

(Suenan el teléfono dentro. Se pone de pie.)

LAURO.- ¿Qué te pasa? ¿Te vas...?

JAIME.- Pues... sí.

LAURO.- ¿Qué te trajo a mi casa?

JAIME.- Cumplir con una obra de caridad. Visitar a los enfermos.

LAURO.- Qué simpático. Ese teléfono no lo coge nadie.

JAIME.- Cuando dijeron la razón por la que faltabas a la comida me propuse a mí mismo venir a ver de cerca cómo marchaba tu importante salud.

LAURO.- Muchas gracias, hombre. Pero ya que viniste, no te vayas. Dime, ¿eres abuelo?

JAIME.- No... Ni barruntos de serlo.

LAURO.- El primer abuelo del grupo: título importante.

JAIME.- Quién sabe si alguien me lo quita.

LAURO.- La hija de Carlos se casa pronto... Por cierto, lo que no queda en el grupo es ningún soltero.

JAIME.- Rodrigo.

LAURO.- Ah, bueno claro... Ese, sí. **(Ríe irónicamente.)** Alguna parte le corresponde, me parece a mí, en esa soltería tan prolongada, al apellido Albéniz.

JAIME.- No te entiendo. ¿A qué te refieres?

LAURO.- ¿De verdad ignorabas que Rodrigo estuvo enamorado de Natalia?

JAIME.- Es la primera noticia.

LAURO.- Una pasión desenfadada, Jaime. Un no dormir, un pensar en suicidarse porque no le correspondía y en asesinar cuando Martín Nadal apareció en escena y se la llevó de calle... Supongo que se habrá curado ya, porque ha pasado mucho tiempo; pero la herida fue grave. Natalia, qué caramba, lo merece. ¿Sigue tan bonita como siempre?

JAIME.- No sé... Creo que sí.

LAURO.- Y Rodrigo, ¿fue a la cena de anoche?

JAIME.- Sí.

LAURO.- Siento doblemente no haber ido yo. Me hubiera gustado darle un abrazo.

JAIME.- ¿Te pasa algo con él?

LAURO.- Psss... Un artículo suyo sobre *Nido de Águilas*, precisamente. Que sepa que no soy rencoroso. Y que estoy deseando saludarle.

JAIME.- Cuenta conmigo.

LAURO.- **(Ante un movimiento de JAIME.)** Gracias por tu visita. **(Se asoma al foro.)** ¡María Eugenia!

JAIME.- Mejórate, si eso es posible.

LAURO.- Tienes razón. Sigo en casa, no sé si por mimo o por disciplina.

JAIME.- Hasta pronto.

(MARÍA EUGENIA aparece en la puerta del foro. Trae una expresión enigmática.)

Adiós, María Eugenia.

MARÍA EUGENIA.- Adiós, Jaime.

LAURO.- ¿Quién llamaba al teléfono?

MARÍA EUGENIA.- Tu secretario. Volverá a llamarte después.

LAURO.- Un abrazo, querido. **(Hace ademán de acompañarle.)**

MARÍA EUGENIA.- No, no... Nada de imprudencias. Yo iré con él.

LAURO.- ¿Qué te parece?

JAIME.- Tiene razón María Eugenia. Pero la verdad es que yo conozco el camino y no necesito que nadie...

(Y hace mutis por el foro, seguido de MARÍA EUGENIA. LAURO, desde la puerta, le dice adiós con la mano. A los dos segundos vuelve MARÍA EUGENIA.)

MARÍA EUGENIA.- ¿Le has dado el dinero?

LAURO.- ¿Qué dinero?

MARÍA EUGENIA.- ¿No te lo ha pedido?

LAURO.- ¿Qué disparates se te ocurren?

MARÍA EUGENIA.- Me mientes.

LAURO.- María Eugenia, te juro que no comprendo nada.

MARÍA EUGENIA.- Escúchame, no es tu secretario el que llamó por teléfono, sino Carlos. Yo me puse al aparato y le expliqué que estabas con Jaime, por si quería algo. Entonces me contó que Jaime necesita un millón de pesetas. Su yerno se encuentra en una situación difícil, ha estafado a alguien, y Jaime anda buscando quien se lo preste. ¿De verdad no te lo ha sacado a ti? Te ablandas pronto tú, con esas historias y eres capaz de cometer una tontería.

LAURO.- Te juro que no me ha pedido ni un céntimo.

MARÍA EUGENIA.- No es posible.

LAURO.- Tampoco creerás que un millón de pesetas se lleva, así, en el bolsillo de la bata.

MARÍA EUGENIA.- Fue a visitar a Carlos hace unas horas.

LAURO.- ¿Y qué le contestó Carlos?

MARÍA EUGENIA.- Con mucho detalle no me lo ha dicho, pero, en esencia, ya puedes imaginártelo. Y al fracasar con él recurrió a ti.

LAURO.- No, a mí no, te lo aseguro.

MARÍA EUGENIA.- Y entonces, ¿a qué vino?

LAURO.- A verme, sencillamente, porque sabía que estaba enfermo.

MARÍA EUGENIA.- ¿Nada más que por eso? ¿No te extraña?

LAURO.- Sí, lo reconozco.

MARÍA EUGENIA.- Vino a tantearte, a ver cómo reaccionabas, y quizá temiendo fracasar...

LAURO.- ¿Por qué no se sinceró conmigo?... **(Transición.)**
Aunque... ya adivino la razón...

(Se ilumina, en el costado izquierdo de la escena un banco del jardín, en el que están sentados RODRIGO y JAIME. Ahora en los dos escenarios continúa la acción simultáneamente, como marca el diálogo.)

JAIME.- **(Prosigue el relato ya iniciado.)** Lauro me recordó lo que había hecho por él durante la guerra. Me dijo que me había llamado por teléfono a casa para darme un abrazo el lunes último, que era el aniversario, según él, de su nacimiento, y no le falta razón, que nació aquel día... Lauro me recibió con tanta amistad, con una gratitud tan fresca, tan como acabada de estrenar que no me atreví a pedirle nada. Me pareció que era pasarle la factura, coaccionarle a pagar con dinero contante y sonante aquella actitud mía, más o menos audaz de veintitantos años atrás, que le había librado de la muerte...

RODRIGO.- ¿Y entonces?

LAURO.- Yo se lo impedí, inconscientemente. Yo, que le abrumé diciéndole lo mucho que le agradecía su heroísmo, que no lo olvidaría

nunca...

MARÍA EUGENIA.- Tú te has complacido siempre, no sé por qué motivos, en acentuar tu agradecimiento, como si Jaime fuese tu segundo padre.

LAURO.- No irás a regatearle méritos ahora.

MARÍA EUGENIA.- Otros muchos escaparon de que los asesinasen igual que tú, pero olvidaron ya cómo y por quién. Solo que a ti te gusta presumir de romántico y cacarearlo tres veces al día, igual que si acabase de pasar.

LAURO.- Es lo menos que puedo hacer.

MARÍA EUGENIA.- Pones tan alto y ponderas de tal manera a Jaime que, de haberle negado tu ayuda, hubieses quedado en mal lugar.

LAURO.- Es que no se la habría negado.

MARÍA EUGENIA.- ¿Qué...?

JAIME.- ¿Sabes por qué prefería ir solo a verle? Porque quería dejarle en libertad de contestarme sí o no, sin que se sintiese incómodo si se negaba. Porque Carlos y Vicente no estaban obligados a mí por nada concreto; pero Lauro sí.

MARÍA EUGENIA.- ¿Qué vas a prestarle ese dinero? ¿Por qué? ¿A santo de qué?

LAURO.- ¡Me salvó la vida!

MARÍA EUGENIA.- Bueno, allá tú si insistes en anunciarlo en los periódicos o en la radio; pero tampoco lo que él hizo por ti es de las cosas que se pagan con dinero.

LAURO.- ¿Cómo si no?

MARÍA EUGENIA.- Como lo hiciste ya durante tanto tiempo: convirtiéndole en un héroe, besándole las manos en público, presentándolo a tus hijos como el Cid Campeador. Ayudándole, pues claro que sí, en cuanto te sea posible, pero dentro de ciertos límites. Unos miles de pesetas, si te las garantiza y, si me apuras, aunque no te las garantice, bien van; pero mas, no... ¿En qué cabeza cabe? Y a los veintitantos años... ¿O es que no prescribe todo en este mundo? ¿Odias hoy lo mismo que entonces a los que te detuvieron? ¿A que si te los tropezases dudarías, inclusive, si denunciarles o no? Pero, eso sí, porque Jaime con riesgo, si quieres, que no te lo discuto, te rescató de la checa y te metió en la Embajada, ¿has de estar permanentemente dispuesto a ofrecer tu vida por la suya? Y aun en eso, ya ves, hay cierta congruencia. Si necesita Jaime una transfusión de sangre, por ejemplo -mira qué novela- y tú te ofrecieses, lo encontraría natural. Pero demonio, un millón de pesetas... Caray, menuda broma..., un millón de pesetas... Lauro, ¿es que te has vuelto loco?

RODRIGO.- Voy a hablarle claramente.

JAIME.- Es inútil. Presiento que no conseguirás nada.

RODRIGO.- No puedes dejar de intentarlo por un escrúpulo de delicadeza. O porque te venza el pesimismo. Tienes el deber de exponerte al desaire, a la decepción. Te duela lo que te duela.

JAIME.- Bien inútil es...

RODRIGO.- Y por otra parte, ¿qué es eso de que no hayas querido coaccionarle? Vamos, vamos..., qué inocencia... Pero, ¿es que crees que hay alguien en este mundo que se saque un céntimo del bolsillo sin que se le coaccione? ¿Y cómo puedes renunciar a un arma de tanta importancia como la de su gratitud? Pues, ¿quiénes son los que pueden hacernos un favor sino aquellos a quienes se lo hicimos? ¿A quién vas a ir a pedirselo? ¿A los que no nos deben nada? No, Jaime, no. Solo hay una ley que no se abolirá nunca: la del toma y daca.

JAIME.- (**Vacilante.**) Rodrigo...

RODRIGO.- ¿Qué argumentos he de utilizar, a qué he de recurrir para decidirte?

JAIME.- Bien. Iré. (**Se pone en pie, inicia el mutis.**)

RODRIGO.- Suerte, hombre.

JAIME.- Escúchame una cosa. Por Lauro me he enterado, lo que son las casualidades, de que quisiste a Natalia. ¿Fue así...?

RODRIGO.- Tal vez.

JAIME.- No curaste aún...

RODRIGO.- Ayer por la noche hubiese jurado que sí. Ahora, me lo estoy preguntando a mí mismo.

JAIME.- (**Le pone la mano sobre el hombro.**) Lo siento, palabra.

RODRIGO.- (**Se rebela.**) Pero me dolería mucho que te imaginases que es el hombre que estuvo enamorado de tu hija el que te acompaña. No, Jaime: el que va a tu lado es, sencillamente, tu amigo. Nada más.

JAIME.- (**Con emoción.**) Nada menos que amigo.

(**Se oscurece la parte de la escena que ocupaban RODRIGO y JAIME.**)

MARÍA EUGENIA.- Han llamado.

LAURO.- ¿Y qué?

MARÍA EUGENIA.- Pudiera ser Jaime de nuevo.

LAURO.- Es muy poco probable.

MARÍA EUGENIA.- (**Se asoma a la puerta del foro.**) ¡Eulalia!

LAURO.- ¿Qué vas a hacer?

MARÍA EUGENIA.- (**Con tono firme.**) Si por casualidad fuese Jaime otra vez, deberán decirle que te sentiste mal y que te has acostado.

OSCURO

△▽

Cuadro III

Cuando la luz se vuelve a hacer con la mayor rapidez, volvemos a encontrarnos en casa de JAIME.

NATALIA, vestida con un traje distinto al de su primera aparición, da muestras de visible nerviosidad. JUANA, a los pocos segundos, entra por el foro.

NATALIA.- ¿Qué ha sido, Juana?

JUANA.- Nada, nada, señorita. Cállese.

NATALIA.- Pero, explíqueme...

JUANA.- Eran policías.

NATALIA.- Bien. ¿Y qué dijeron?

JUANA.- Todo se les volvía preguntar detalles. Que si don Martín acostumbraba a venir por aquí, que si se había marchado de Madrid y adónde, que si para arriba o si para abajo. Y yo contestando a todo que no sabía. Desde luego se fueron con la mosca detrás de la oreja.

NATALIA.- ¿Por qué se lo parece?

JUANA.- Porque uno de ellos miró, así, con un poquito de chunga y me dijo: «Usted lleva mucho tiempo en la casa, ¿verdad?».

NATALIA.- ¿Y que le respondió?

JUANA.- «Claro que sí. ¿Es algún delito?». Pero él me lo preguntaba como dándome a entender que yo, por lealtad, trataba de no comprometerle, y que si hubiese llevado menos tiempo o no estuviese encariñada con ustedes, les habría ayudado más.

NATALIA.- Gracias, Juana.

JUANA.- Yo no me fío ni un pelo, ¿sabe? Y no me sorprenderá que vuelvan de un momento a otro. Como no hacen más que pasearse por Madrid en coche, que hay que ver lo cómodos que son algunos empleados.

NATALIA.- Me tiene que ayudar, Juana.

JUANA.- Con alma y vida.

NATALIA.- Fíjese en este número. **(Lo apunta en un papel con un bolígrafo que se saca del bolsillo.)** Mi marido le contestará, pero no lo llame por su nombre. ¿Me entiende usted? Usted pregunta por don Gabriel Solana. Se pondrá él. Entonces usted le dice: «De parte de la señora que han estado a verle unos señores y que ya le dará noticias». Nada más. Y cuelga.

JUANA.- Bueno, bueno... Ahora mismo. **(Se dispone a servirse del teléfono que hay en la escena.)**

NATALIA.- Pero, ¿dónde va usted? ¡No irá a llamar desde este teléfono!

JUANA.- ¿Por qué no?

NATALIA.- Porque puede estar intervenido. ¿No comprende? No, no... Dentro de un rato, sale tranquilamente, va a la esquina, compra un periódico, se mete en el bar que hay en la plazoleta y desde allí... **(Se interrumpe.)** Dios mío... **(Para sí.)** ¿No es espantoso lo que sucede?

JUANA.- **(Entristecidamente.)** Bueno, señorita... Todo se arreglará.

Y el señorito Martín, ¿por qué ha tenido que meterse en esos líos?

NATALIA.- **(Tras una leve pausa.)** ¿Qué quiere usted, Juana?

(Las dos, simultáneamente, acusan con un leve movimiento algo que ha llamado su atención.)

JUANA.- No se preocupe, señorita. Es el señor. **(Y hace mutis.)**

(Es JAIME, en efecto.)

JAIME.- **(Trae el aire abatido.)** Hola, hija.

NATALIA.- ¿Qué hay?

(La pregunta es casi inútil. JAIME, con su sola presencia, parece responderle.)

JAIME.- Nada.

NATALIA.- ¿Cómo nada? Explícate... ¿Adónde has ido? ¿Quiénes has visitado? ¿Qué te han dicho?

JAIME.- En esencia, una sola palabra: no. Ahora, eso sí, es asombrosa la diversidad de maneras con que se puede decir no. Unos ofreciéndome una miseria, otros, pretextando una imposibilidad falsa, otros aludiendo a la crisis para excusarse. Resulta que hoy, 20 de octubre, nada vale nada, ni las acciones, ni las casas ni los terrenos, y que nadie tiene más que lo indispensable para el almuerzo y el taxi y el periódico. Que todo el mundo está arruinado, y aun los poderosos viviendo de milagro. ¿Qué te parece? Para mayor inri, el único de los seis a quienes visité y que me firmó un cheque, era un enfermo mental. **(Sarcástico.)** Tal vez sin estar loco, nadie es capaz de hacer nada por nadie.

NATALIA.- Pero, ¿a quiénes recurriste?

JAIME.- No a los que de verdad no tienen donde caerse muertos, como yo, bien puedes comprenderlo. Fui a ver a Vicente, y a Lauro Urquía, y a Juan Vela, y a Ernesto Sebastián. ¿Sabes lo que me dijo Ernesto? Que si se tratase de una cosa mía personal, tal vez hiciese el sacrificio, pero que por mi yerno, de ninguna manera. Que sabía que librarle de este percance no era sino ponerle en camino de tropezar otra vez... Mi yerno... Como si fuese a Martín a quien defiendo. Es por ti, por mi hija, por quien lucho, por librarte de tantas cosas... ¿Y Manolo Cárdenas? ¿Qué crees que me ha dicho? Vive a expensas de su mujer y tiene amigas que paga lujosamente. Pero cuando he ido a pedirle que me prestase ese dinero, me ha contestado: «¿Cómo quieres que yo disponga así de lo que, en realidad, no es mío? El dinero de mi mujer, para mí, es sagrado». ¡Qué desvergüenza...! Eso sí, Lauro Urquía, que me debe la vida, se ha negado a recibirme.

NATALIA.- En resumidas cuentas, ¿qué?

JAIME.- Nada o casi nada... Vuelvo con las manos vacías. Puedo conseguir algunos anticipos en la oficina, reunir doscientas o trescientas mil pesetas... Yo te las daré. Quizá con ellas se conforme, por el momento, la Sociedad Roig.

NATALIA.- La Sociedad Roig ha denunciado a Martín, la Policía está buscándole y ha venido aquí a detenerle hace tres minutos.

JAIME.- No es posible.

NATALIA.- Como ya comprenderás, no sobra tiempo que perder.

JAIME.- ¿Y qué quieres que haga?

NATALIA.- ¿Me dejas hablarte sinceramente papá? Si yo hubiese sabido de dónde pensabas sacar el dinero que necesito, te habría dicho que no malgastases unas horas en esas visitas. Un millón de pesetas es una pequeña fortuna. Para encontrar quien lo dé en nombre de la amistad, hace falta que esta sea muy verdadera. No tengo tu experiencia, pero a mí me parece que has ido a pedirle más de lo que da habitualmente. O que has confundido, a lo mejor, la Amistad, en letras grandes, con otros sentimientos más superficiales, que no obligan a tanto. De todas maneras, tú lo has dicho, vuelves con las manos vacías. ¿Y sabes por qué? Porque no has ofrecido nada a cambio.

JAIME.- ¿Y qué iba a ofrecerles? Devolver hasta el último céntimo, lo que me prestasen y sus intereses, claro.

NATALIA.- Por Dios... ¿Seré yo quien tenga que abrirte los ojos y decirte que eres demasiado ingenuo? Nadie se arriesga de esa manera para encontrarse con que lo mejor que puede sucederle es que no pierda y que, al final de la historia, de una historia muy larga, vuelva a verse otra vez con el millón en su cuenta corriente o en su calcetín. No, eso no es ofrecer nada. Y tú, por desgracia, no podías ofrecer las cosas que animan a esos desembolsos. La ilusión de devolver el doble o el triple... O de pagar el día de mañana, de distinta forma, con otra moneda. ¿Me entiendes?

JAIME.- ¿Deberé, entonces, echarme al camino con la pistola en la mano?

NATALIA.- Así, no. Tú sabes bien de dónde puedes sacar el dinero que necesito. ¿Hace falta que te lo diga yo?

JAIME.- (**La mira escrutadoramente.**) ¿Qué insinúas?

NATALIA.- ¿Insinuar?... No, no. Estoy hablando con tanta claridad que no es preciso que dé ningún nombre, que añada una sola palabra para que me entiendas.

JAIME.- Pues así, como tú, sin citar nombres, sin gastar palabras, te diré una sola: ¡No!

NATALIA.- ¿Permitirás, entonces, que metan en la cárcel a Martín, que me señalen con el dedo por la calle, que nos hundamos para siempre?

JAIME.- He hecho cuanto estaba en mi mano para impedirlo. No se me puede exigir más.

NATALIA.- No. Te queda por hacer justamente lo decisivo, lo que es casi seguro que nos saque adelante. Y no creo que seas capaz de no dar ese paso. (**Patéticamente.**) Si es verdad que me quieres, que te he ayudado a remontar tu vida, a vivir, inclusive, como me has dicho tantas veces.

JAIME.- Piensa lo que quieras, pero no cuentas conmigo para eso.

NATALIA.- Me lo temía.

JAIME.- Hazlo tú misma.

NATALIA.- ¿Yo? ¿Y qué es lo que puedo ofrecer a mi madre? ¿Mi amor filial? Vamos, qué ocurrencia... ¿Tú crees que después de haberle

negado hasta el saludo, de no haberla visto siquiera cuando estuvo a la muerte, puedo ir ahora a hacerle una escena romántica y a pedirle un millón de pesetas para que el marido de su tierna hija Natalia no vaya a la cárcel? Si se cambiasen los papeles y ella fuese quien viniese a verme, ¿sabes tú lo que haría yo? Ponerla en la puerta de la calle. No. Mi madre debió de sufrir mucho por mi actitud y aun se me ocurre que nunca pensó que me volviese tan fría y tan dura para con ella. Yo no tengo nada que ofrecerle a cambio; pero tú, sí.

JAIME.- No querrás que comercie con ciertas cosas.

NATALIA.- En provecho tuyo sería imperdonable, pero por mí, sí puedes hacerlo sin mancharte. Mi madre quiere disponer de su libertad y sigue sujeta legalmente a ti. Ha dejado de ser tu mujer, pero aspira a ser algo más que la amiga de Jorge Parra. Yo sé que, si tú cedieses, todo sería si no fácil, posible por lo menos. Si mañana te avienes a lo que has rehusado siempre y firmas los papeles que dejaste en blanco y la ayudas a salir de la encrucijada en que la puso la vida, Jorge Parra, estoy segura, salvará a Martín.

JAIME.- ¿Tú me propones eso...?

NATALIA.- Nadie da nada por nada, sino a cambio de algo. Tú tienes tu conformidad para vender. Véndela por mí.

JAIME.- No, Natalia.

NATALIA.- ¿Así vas a pagar mi lealtad, el haber caído de tu lado, sin una duda, desde el primer momento?

JAIME.- Yo sé que todo eso vale mucho. Pero el precio que me pides es muy alto.

NATALIA.- ¿Te niegas, entonces?

JAIME.- ¡¡Sí!! Y no te admito que me presentes tus cuentas al cobro como los pagarés de un usurero. Caíste de mi lado no porque me quisieses más o menos, sino porque tú no eres como ella, por suerte tuya. Y porque sabías que tu madre se había conducido vergonzosamente y que toda la razón era mía.

NATALIA.- Una parte, sí, la mayor sin duda. Pero mi madre no era una pérdida, y alguna razón habrá tenido que yo desconozco, que nunca me quise preguntar cuál es por cariño a ti, que explique su pecado.

JAIME.- ¡Basta ya! ¿Hasta cuándo he de tolerar tu falta de respeto?

NATALIA.- Perdóname, estoy fuera de mí. Pero es que no admito que te des por vencido. Yo sé que en nombre del interés, se puede pedir más que en el de la amistad. Has fracasado con tus amigos: juega esta carta, todos los triunfos son tuyos. **(Contesta a una mirada de JAIME.)** ¿Por qué me miras de esa manera? ¿Te parezco otra? ¿Piensas que me he vuelto loca o cínica? ¿Es que no es verdad lo que te digo?

JAIME.- Odio el dinero, Natalia. No hay delator más perverso. Él nos demuestra que no son amigos los que suponíamos que lo eran y que los hijos son capaces de levantarse contra los padres.

NATALIA.- ¿Y quién puede librarse de su poder, desentenderse de él, olvidarlo?

JAIME.- Acaso nadie. Por eso lo odio, por lo que tiene de espejo del

hombre, un espejo de luz borroso que enturbia la mirada, que cambia las facciones más que ningún otro apetito y que envenena cuanto de puro llevamos dentro.

NATALIA.- Papá: yo creo que no mides bien la importancia que tienen para mí estas horas, porque si no, no me regatearías tu socorro. Yo adoro a Martín y, por si fuera poco, me considero responsable de su desastre. Debo repararlo, cueste lo que cueste. Y temo fracasar.

JAIME.- Ojalá pudiera darte ánimos.

NATALIA.- El fracaso supondría para Martín la pérdida de su reputación, de sus medios de vida, vaya, la cárcel. No me equivoco, ¿verdad?

JAIME.- Dios te ayudará, Natalia. Y descansa hoy. Mañana, tal vez, veas las cosas de distinta manera.

NATALIA.- No, mañana me levantaré y las veré lo mismo, porque no habrán cambiado. Y aun si tú haces esta última gestión a la desesperada y no tienes éxito, aceptaré sus consecuencias más resignadamente. Pero si te niegas y nos hundimos, entonces me parecerá que ni Martín ni yo seremos los culpables de la catástrofe final, sino tú.

JAIME.- Me envilece especular con algo que yo puedo conceder generosamente, pero a lo que es indigno poner precio.

NATALIA.- Te pido que te metas dentro de tu conciencia y te preguntes a ti mismo si para defender la felicidad de tu hija y aun su vida, hay algún sacrificio que consideres demasiado grande.

JAIME.- Natalia...

NATALIA.- ¿Es que podrías vivir en paz si me desamparases? ¿Crees que los remordimientos te lo permitirían...? **(Se abraza a sus rodillas, sollozante.)** Papá: yo te lo pido, yo te lo pido...

JAIME.- **(Le acaricia el pelo.)** Hija mía...

OSCURO

△

Cuadro IV

Se oye una canción en alemán, cualquiera, pero típica, a ser posible con acompañamiento de acordeón. La luz ilumina un comedor reservado del restaurante «Prosit». Hay una larga mesa con un mantel blanco, y en el extremo de la izquierda, CARLOS habla con la CAMARERA. La CAMARERA es todo lo bonita y rubia que se pueda, y va vestida con un traje de aldeana bávara. La CAMARERA mira con el rabillo del ojo a las habitaciones del interior.

CAMARERA.- El teléfono sigue ocupado.

(Después se dedica a preparar la mesa. Coloca platos sobre el

mantel, marcando diez cubiertos. Mientras, dialoga con CARLOS.)

CARLOS.- Puedo esperar hasta Navidades.

CAMARERA.- Usted estuvo aquí hace cosa de un año, ¿verdad?

CARLOS.- Sí, sobre poco más o menos... ¡Qué buena fisonomista!

CAMARERA.- Me acuerdo que usted dijo que no había nada en el mundo como la cerveza negra.

CARLOS.- Es posible que la elogiase. A mí me gusta mucho.

CAMARERA.- Se lo agradecí tanto...

CARLOS.- ¿Y por qué?

CAMARERA.- Porque mi tío Tomás fue representante de una casa alemana que vendía cerveza negra. Y murió del fracaso. Le echaban de todos los sitios, como si ofreciese rejalgas. Después..., ya ve usted, no es un negocio loco, pero en la casa se vende tanto o más que la rubia. O sea, que cuando oí lo que dijo, me cayó bien, porque yo quería mucho a mi tío.

CARLOS.- Como debe ser. **(Transición.)** Vaya, pues lo celebro.

CAMARERA.- ¿Cuántos son ustedes?

CARLOS.- No sé exactamente. Alrededor de diez, calculo yo. ¿Sabe usted cuántos fuimos? Más de ciento.

CAMARERA.- ¿Y dónde están los que faltan?

CARLOS.- Algunos bajo tierra, otros... averíguelo Vargas...

CAMARERA.- Diez... Pocos son...

CARLOS.- Hay que empezar la noche con mucho dinero y la vida con muchos amigos para que algo nos quede todavía cuando nos llegue la madrugada y la vejez.

CAMARERA.- **(Vuelve a mirar.)** Ya tiene libre el teléfono.

(CARLOS se pone de pie e inicia el mutis.)

¿Quiere que le traiga algo?

CARLOS.- Bueno... Deme una jarra de cerveza negra.

CAMARERA.- **(Casi ruborosa.)** ¡Qué delicado es usted!

(CARLOS se ríe divertidamente y hace mutis. La CAMARERA sigue disponiendo los platos durante unos segundos. Muy pronto da por concluida la tarea y se dispone a marcharse. En ese mismo momento se cruza con LAURO. LAURO entra, lanza una mirada de reconocimiento al local y pregunta a la CAMARERA, que le responde desde dentro.)

LAURO.- ¿Esta es la mesa que reservó don Alfredo Alonso?

CAMARERA.- Sí.

LAURO.- **(Mientras cuenta los puestos.)** Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez... ¡Ah, caramba!, somos bastantes.

(La CAMARERA entra con uno de esos historiados jarros de barro característicos de las cervecerías alemanas. LAURO mira la cerveza

negra con el ceño fruncido.)

¿Para quién es esa pócima?

CAMARERA.- **(Herida.)** ¿No le gusta?

LAURO.- Hay medicinas más agradables.

CAMARERA.- La ha pedido un señor muy simpático que vino antes que usted.

LAURO.- ¿Ah, sí? ¿Y dónde está?

CAMARERA.- Hablando por teléfono.

LAURO.- Mire, deme una botella de whisky, que ya me encargaré de ella.

(La CAMARERA hace mutis justo en el momento que entra CARLOS.)

CARLOS.- ¿Qué hay, Lauro? ¿Cómo te va?

LAURO.- Magníficamente. ¿Y a ti?

CARLOS.- De maravilla. Veo que somos los primeros. Alfredo Alonso, por cierto, no vendrá. Tiene malo su chico.

LAURO.- ¡Lo siento! ¿Qué sabes de los recién casados?

CARLOS.- Las mejores noticias. Andan por Londres todavía. Y según la carta que recibimos ayer, para enero...

LAURO.- ¿Qué? ¿Abuelo?

CARLOS.- Sí, chico, sí.

LAURO.- Serás el decano.

CARLOS.- Pues, sí.

LAURO.- A propósito, y te hago la pregunta por asociación de ideas. ¿Vendrá Jaime?

CARLOS.- No sé... De su asunto se habló mucho. Pienso que acaso no le divierta nada aparecer por aquí, donde todos estamos enterados, más o menos, del episodio. Ya sabes que Nadal pagó, gracias a Jorge Parra, y se fue a México.

LAURO.- Es un buen sinvergüenza el tal Nadal.

CARLOS.- ¡Hombre, y de qué calibre!

LAURO.- El día menos pensado tendrá que marcharse de México también. Y si no, al tiempo.

CARLOS.- Pero eso no disculpa la actitud de Jaime.

LAURO.- Claro que no.

CARLOS.- Ponerle precio a su conformidad, a su aceptación de los hechos... ¡Vamos, vamos!

LAURO.- ¿Y tú cómo te enteraste?

CARLOS.- Jorge Parra te advierte que es un tipo estupendo. Y muy bien situado. Alguien del Club, que lo conocía, me lo contó. Además, en la compañía de seguros en la que trabajaba Jaime, y de la que, como sabes, soy consejero, se ha comentado mucho.

LAURO.- ¿Y en qué se basa para pedir la anulación?

CARLOS.- Lola tenía diecisiete años cuando se casó con Jaime. Por ahí van los tiros.

LAURO.- ¿Y qué opinas? ¿Se saldrá Jorge Parra con la suya?

CARLOS.- Cualquiera sabe. A veces las anulaciones tardan tanto en llegar, que la pasión que las puso en marcha se deshiela, se hace agua sucia, cansancio, aburrimiento...

LAURO.- De todas formas, Jaime, créeme, me da pena.

CARLOS.- Y a mí. Yo lo quiero muchísimo. Cuando me vino a ver - por cierto en el momento menos a propósito- le dije: «Cuenta con cien mil pesetas». Y fíjate que tenía que enviar el barco a Cartagena, que me salió por un ojo de la cara, y la boda de mi hija a diez meses vista...

LAURO.- Bien generoso fuiste, porque con esos gastos por delante...

CARLOS.- ¿Sabes lo que sucede? Que carece del sentido de la oportunidad.

LAURO.- Exacto.

CARLOS.- Y el ser oportuno o no, tiene una importancia decisiva.

LAURO.- **(Ponderativo.)** ¡Menuda diferencia! Como del día a la noche. Conmigo se portó bien durante la guerra. No es que me salvase la vida, pero se portó bien, vaya, las cosas como son. Y, en realidad, a mí no me pidió nada.

CARLOS.- Pero había ido a visitarte con ese propósito.

LAURO.- Seguramente, solo que no se atrevió. Después vino una segunda vez, sospecho que ya decidido, ¿comprendes? Y, chico creí que lo más diplomático era ponerle un pretexto para no recibirle. Menos violento que tener que negarme a bocajarro..., ¿eh? ¿No es cierto?

(Empieza a oírse, al principio con cierta lejanía, más intensamente después, una orquesta de jazz.)

Y te confieso que veinte o treinta mil duros como tú se los hubiera dado. Porque un amigo es un amigo... Pero, ya más...

(La CAMARERA entra con la botella del whisky y hace mutis en seguida.)

CARLOS.- ¿Viste la Bolsa hoy? Otro bajonazo.

LAURO.- ¿Qué charanga es esa?

CARLOS.- No sé...

(La orquesta de jazz suena en la puerta, en la que aparece, exultante de euforia, VICENTE. Trae en la mano una pequeña radio portátil.

CARLOS y LAURO se levantan para abrazarle, pero él les impone silencio.)

VICENTE.- Fijaos, fijaos qué ritmo... Joe Martín y sus muchachos. **(Pone la radio sobre la mesa y marca unos pasos al compás.)**

CARLOS.- **(Se ríe.)** Pero, bueno... No es hora de orquestas, Vicente.

(Y en broma, secundado por LAURO, se abalanzan sobre la radio para pararla. VICENTE intenta defenderla, y pierde la batalla. Joe

Martín y sus muchachos enmudecen.)

VICENTE.- Mira que sois... No me habéis dejado oírlos.

CARLOS.- Ya los oirás.

LAURO.- Bueno, ¿qué tal van tus cosas?

VICENTE.- Al pelo, chicos, al pelo.

CARLOS.- Un abrazo, no seas rencoroso.

LAURO.- Perdónanos, y tómate un whisky.

VICENTE.- Os lo perdono, y sin whisky, porque soy bondadosísimo.

LAURO.- El gran Vicente... Yo lo beberé doble, a tu salud. Carlos: ese brebaje es para ti.

CARLOS.- Calla, hombre, que lo he pedido por compromiso. Sírveme otro whisky.

(LAURO se sirve.)

LAURO.- ¿Anduviste fuera de Madrid?

VICENTE.- Sí, tres o cuatro meses en Palma. Me han venido como anillo al dedo, os lo aseguro.

LAURO.- ¿En algún hotel?

VICENTE.- Bueno... (**Vacila.**) exactamente un hotel... acaso no... Pero qué tranquilidad, qué temperatura... inverosímil, palabra. Yo me sentía mal de los nervios y parezco otro.

CARLOS.- Tenemos que celebrarlo.

VICENTE.- Vicente León, segunda época.

CARLOS.- Magnífico.

VICENTE.- Ah, una cosa divertida: me confundí de comedor y entré en el de enfrente. Sorprendí una escena de amor apasionada.

CARLOS.- ¿Dónde, dónde? (**Hace ademán de ir a saborearla.**)

VICENTE.- En el de la esquina.

LAURO.- (**A CARLOS.**) No te muevas. Hoy por ti, mañana por mí.

VICENTE.- Por cierto, la puntualidad no es nuestra característica.

CARLOS.- Oye, ¿y quiénes somos los diez con los que contamos? ¿Tienes la lista?

VICENTE.- No..., pero sé los nombres. Dicho sea de paso, ha habido una baja que me ha dejado perplejo.

CARLOS.- ¿La de quién?

VICENTE.- La de Rodrigo.

CARLOS.- ¿Y por qué te ha extrañado tanto?

VICENTE.- Alonso me ha dado la carta que le envió Rodrigo.

LAURO.- ¿Qué dice?

VICENTE.- Ojo. «Querido Alfredo: No iré a la reunión de hoy. Ni a ninguna más. Os ruego, por tanto, que no me convoquéis. Tú estás al margen de mi decisión. Pero hay algunos entre vosotros con los que me considero incompatible. Un abrazo...».

CARLOS.- Yo sé la causa.

LAURO.- ¿Cuál es?

CARLOS.- ¿Tú crees que era momento oportuno este para que se nombrase a Jaime subdirector de la Compañía?

LAURO.- No, hombre, no.

(JAIME se asoma por la puerta y permanece en el umbral, sin ser visto, unos breves momentos.)

CARLOS.- Yo lo entendí así y propuse a otro en su lugar.

LAURO.- Fuiste prudente.

CARLOS.- Con Rodrigo, al que hacía un año que no veía, tuve ayer un altercado violentísimo.

JAIME.- A Rodrigo le cegaba la pasión al defenderme.

(Todos se vuelven hacia él, sorprendidos.)

VICENTE.- **(Bullicioso, inconsciente.)** Hola, Jaime.

LAURO.- **(Más moderado.)** Buenas noches, Jaime.

JAIME.- Porque el subdirector de la Compañía debe ser un hombre intachable y yo no lo soy.

LAURO.- Qué cosas dices...

JAIME.- Debe ser un hombre al que respeten los empleados, del que no cuchicheen a su paso, del que nadie sea capaz de decir que ha comerciado con el amigo de su mujer.

CARLOS.- Por Dios, Jaime...

JAIME.- Y yo lo he hecho y debo pagarlo.

LAURO.- Bueno, bueno... Será mejor que no nos ocupemos de eso ahora.

VICENTE.- Un whiscecito, Jaime... **(Se lo prepara.)**

JAIME.- Yo soy un hombre al que la vida puso en un trance duro y que se echó a la calle a pedir socorro, y al que sus amigos abandonaron. Los otros, los que no lo eran, los que no estaban obligados a auxiliarle, tienen las manos libres para descargarlas sobre mí, pero los que me desampararon, aquellos a los que recurrí sin éxito, esos, no son quienes para crucificarme. Y no aludo a ti, Vicente, casi al margen, sino a ti, Lauro, y a ti, Carlos, y a algunos de los que dentro de poco se sentarán en esa mesa.

CARLOS.- Sería un tema interesantísimo para una tesis doctoral... o para unos ejercicios espirituales. Pero menos atrayente como aperitivo de esta cena.

JAIME.- Hay muchos desesperados en cada esquina, y suele suceder que los causantes de su desesperación y los que pudieron remediarla y no lo hicieron son los que les condenan. Ese ha sido tu papel, Carlos, y supongo que te habrá quedado mal sabor de boca, porque no es cómodo ser al mismo tiempo juez y culpable. He venido a decírtelo.

CARLOS.- Pero, querido...

JAIME.- Y ahora, oídmeme bien: si la ocasión se repitiese, yo volvería a hacer lo mismo.

CARLOS.- ¿Ah, sí?

JAIME.- Llega un momento en que el dinero deja de ser moneda de cambio y no paga nada. Y es una alegría y una enseñanza el ver cómo el amor puede más que él. Ni por escapar de la muerte me habría humillado ante Jorge Parra. Pero por salvar a mi hija de la desgracia, lo hice. Y me siento a gusto conmigo mismo. No solo en los cuentos de hadas el amor vence al dinero. También en la vida diaria lo derrota alguna vez.

CARLOS.- Conformes. Pero si dejases de moralizar y te tomases un whisky con nosotros, ¿qué pasaría? **(Le ofrece el que preparó VICENTE.)**

JAIME.- Que me quemaría de vergüenza la garganta. **(Y lo tira al suelo.)**

CARLOS.- **(Se pone en pie.)** ¡Ajá! El bonito número de la mala educación.

JAIME.- **(Se le acerca amenazador.)** ¡Cuidado, Carlos!

LAURO.- **(Se interpone.)** Vamos muchachos... Serenidad, serenidad...

JAIME.- Ni un whisky, ni un céntimo, ni un favor por pequeño que sea y que venga de vosotros..., queridos amigos. **(Y hace mutis por el foro.)**

VICENTE.- ¡Caray, qué violento!...

CARLOS.- **(Burlonamente.)** Hermanos: por fortuna, asunto liquidado.

LAURO.- Esperémoslo, Carlos.

CARLOS.- Si así no fuese, acabarían perdiendo toda su gracia estas reuniones de antiguos compañeros...

(Deja estas palabras flotando en el aire. Los tres se miran en silencio. Y, lentamente, cae el...)

TELÓN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

